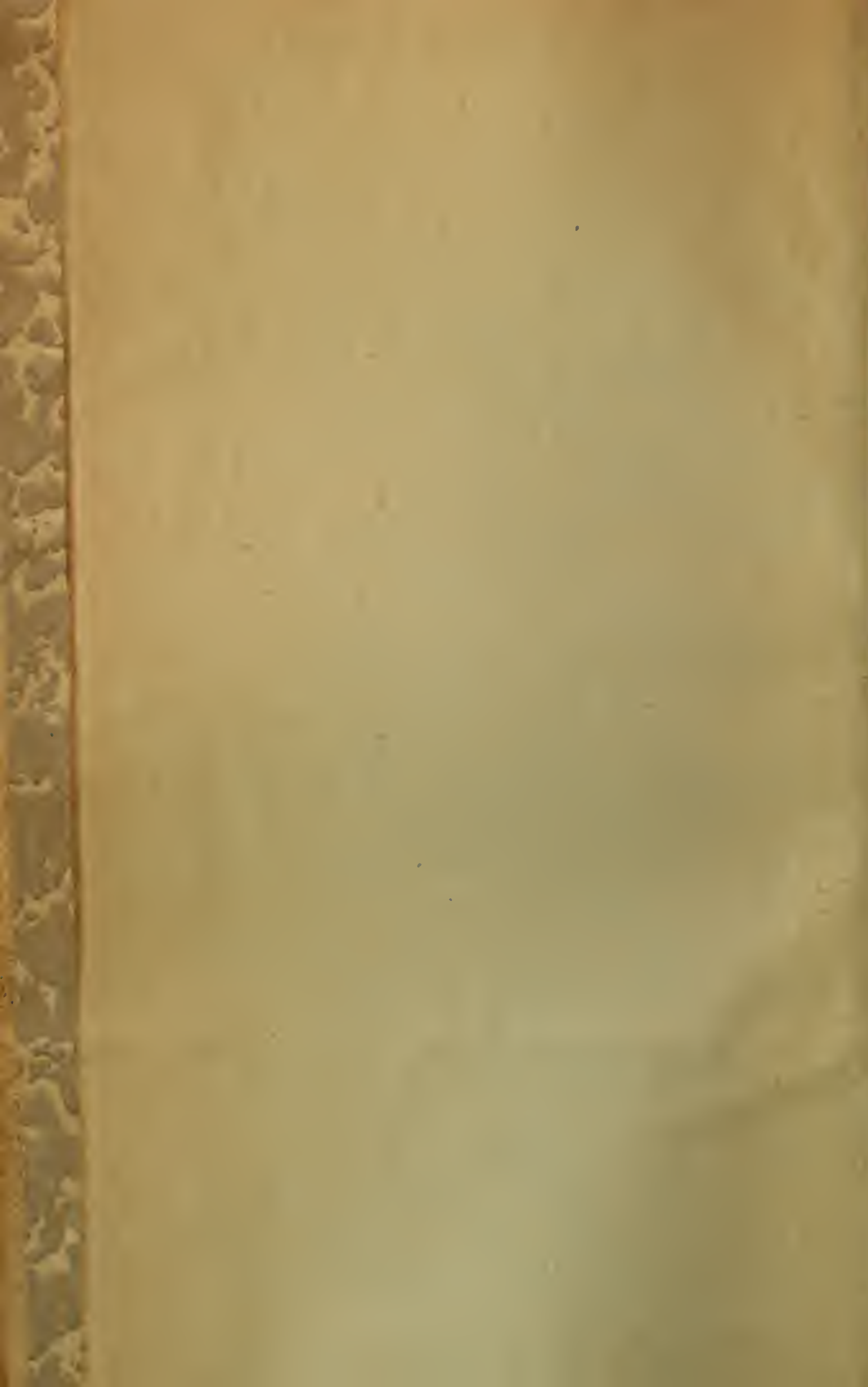
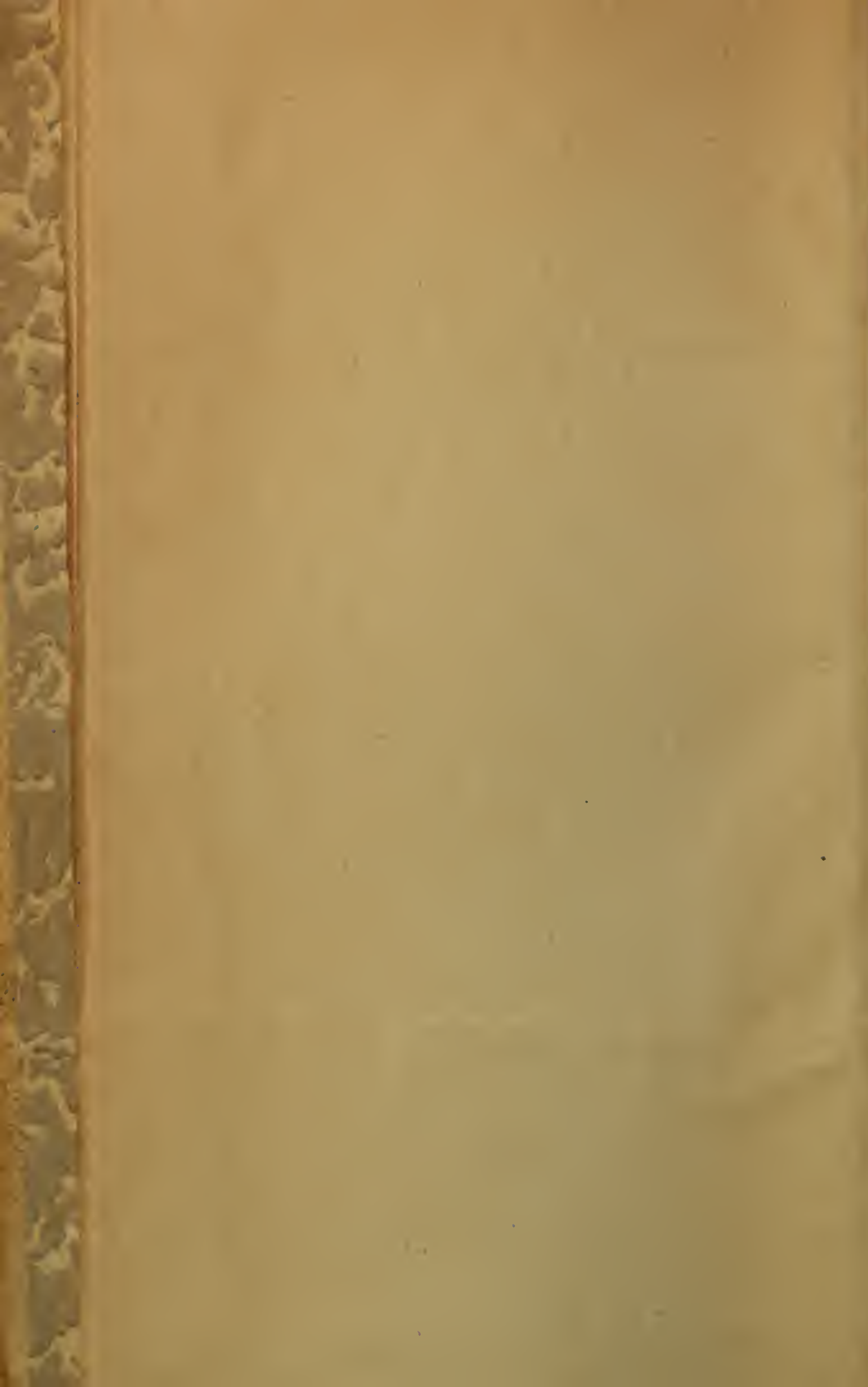

3 1761 07802986 5









LAS NOCHES DEL BOTÁNICO

Tip. de «El Adelantado de Segovia»

OBRAS DEL AUTOR

La suegra de Tarquino (6.ª edición).
¿Quién disparó? (3.ª edición).
Memorias de un suicida (3.ª edición).
¡Saldo de almas! (3.ª edición).
La Farándula (4.ª edición).
La Piara (2.ª edición).
Alcibiades-Club (2.ª edición).
El pícaro oficio (2.ª edición).
La Coquito (7.ª edición).
Una mancha de sangre (3.ª edición).
Aquellos polvos... (3.ª edición).
Más chulo que un ocho (4.ª edición).
Las noches del Botánico (3.ª edición).
La pregunta de Pilatos (2.ª edición).
Memorias de un sommier (4.ª edición).
La chicas de Terpsícore (2.ª edición).
Un pollito «bien» (2.ª edición).
Traviatismo agudo (2.ª edición).
La Diosa Razón (2.ª edición).
La bajada de la cuesta (2.ª edición).
El Compadrito.
Tobilleras.
Función de gala.
Los nietos de San Ignacio (2.ª edición).

EN COLABORACIÓN

CON LUIS ANTÓN DEL OLMET

¡Usted es Ortiz! (Narraciones para el tren, la playa y la siesta).

JOAQUÍN BELDA

LAS NOCHES DEL BOTÁNICO

NOVELA

(TERCERA EDICIÓN)



BIBLIOTECA HISPANIA-S. A. E.
CID, 4.—MADRID

PROLOGUILLO

Amado lector: este libro que tienes entre las manos iba a llevar otro título, pero...

La realidad me ha ido convenciendo poco a poco de que el público es siempre un colaborador de todo el que se dedica a vivir a su costa. Quiere esto decir que la mitad, por ejemplo, de la pornografía del llamado arte pornográfico—¿cuándo nos pondremos de acuerdo acerca del verdadero valor de las palabras?—la crea el público con su malicia. Si un autor cobra fama de intencionado y mordaz, todo lo que diga parecerá pleno de intención y de mordacidad. Y así con todo; esto, por lo visto, es inevitable.

Cuando las páginas que siguen se esta-

ban cociendo en mi magín, al calor del fuego sagrado de la realidad, yo pensé que este modesto paquete de facecias se hubiese llamado EL BARRIO DE PERA.

¿Verdad que tú, lector, no te hubieras asustado?

El mismo día que iba a dar las cuartillas a la imprenta me tropecé en la calle de Lagasca con un antiguo amigo; hombre culto él, con premio extraordinario en el grado de bachiller, y que ha viajado mucho, puesto que ha pasado tres veranos seguidos en Santurce. Es uno de esos sujetos que siempre que me ven, sin duda por halagarme, me hace la misma pregunta:

—¿Qué?... ¿Qué libro preparas ahora?

Y lo dice en el mismo tono en que podría decir:

—¿Qué nueva estafa tienes en proyecto?

Yo, prescindiendo del tono, contesté ahora con toda ingenuidad:

—Pues una cosa que se llama EL BARRIO DE PERA.

Soltó una carcajada de buzón de correos.

—¡Chico, eres bestial!... Ahora, que ese titulito no te lo deja pasar el fiscal.

Me enardecí y tomé la defensa del señor fiscal; expliqué a mi amigo, cómo si por un momento nos imaginásemos que Madrid es Constantinopla, el verdadero barrio de Pera de Madrid sería todo ese que se extiende desde Atocha a la Cibeles y entre la calle de Alfonso XII y la Carrera; es el barrio moderno de la población; en él se alzan los edificios más suntuosos, y la vida entera de la ciudad parece como que tiene allí su representación.

Todo esto se lo expliqué a mi amigo, hasta que me atajó con la siguiente pregunta:

—Pero ¿de veras en Constantinopla existe un barrio que se llama de Pera, o es una coña tuya?

A esto ya no supe qué contestar. En un momento ví detrás de mi amigo al noventa por ciento de los españoles, y sería horrible que a un mismo tiempo me hicieran todos ellos la misma pregunta. Gómez Carrillo, Blasco Ibáñez, Loti..., han descrito el barrio de Pera tal y como lo han visto a través de su temperamento: por ellos lo conozco yo; pero es que ciertas palabras, a fuerza de encanallarse, ya no tienen para mucha gente, más que un solo y sucio significado.

Yo he querido evitar que se pudiera creer en un decidido afán de coprología. ¡Total por un título!... ¡Si al menos fuera de la Deuda!

. . . .

Aparte de esto, ya sabes, lector, que yo estoy siempre a tu disposición a cualquier hora del día y de la noche.

JOAQUÍN BELDA.

Madrid, Febrero 1917

LAS NOCHES DEL BOTÁNICO

No se lo había contado nadie: le había visto ella misma, aún no hacía dos minutos, cruzar la glorieta de Atocha desde la esquina de la Ronda a la calle de Santa Isabel.

Y no iba solo, ¡qué había de ir! Le acompañaban dos guardias y llevaba los brazos sujetos por los codos a la espalda, como una fiera a la que es peligroso dejarle libre las zarpas. La cosa le produjo disgusto, pero no asombro; hacía tiempo que venía esperando aquello como se espera el chaparrón en día de cielo encapotado; su hombre, su Marcelo, se había pringado al fin.

La curiosidad la llevó hacia el tupi del señor Alfonso, allí mismito, al final de la

Argumosa. No sabía por qué, pero casi estaba segura de que el *suceso* se había desarrollado allí. El grupo de chiquillos y mujeres que vió a la puerta, desde lejos, le confirmó la sospecha; apretó el pasó y llegó al *Caracolillo-Salón*—¡nada más que esa tontería de título tenía el local!—a tiempo que una de las espectadoras decía:

—¡Ay que ver el hombre! ¡Y quería llevarse hasta el mostrador!

Pero una de las comadres reconoció a la recién llegada y exclamó casi involuntariamente:

—¡Anda! La Feli...

Pronto se enteró todo el corro de que aquella era la mujer del protagonista, y le abrieron calle con respeto. El señor Alfonso, de pie en el centro de la estancia, contaba a los amigos y vecinos que habían acudido, pormenores del episodio. Al ver a la Feli experimentó la misma sensación de agrado que experimentaría un conferen-

ciante que, hablando sobre lo sagradas que son las deudas, viera entrar en la sala como oyente a un acreedor.

El propietario del *Caracolillo-Salón* era un sujeto que, nacido en Bayona de Galicia, se las daba de madrileño castizo, y hablaba siempre esmaltando la conversación con una de timos, ratimagos y bulerías, que parecía la parodia de un personaje de Arniches o de Antoñito Casero. Los viejos sainetes de Apolo y de Novedades habían sido su escuela Berlitz, y hoy día resultaba un individuo de esos que sirven de inspiración a los escritores madrileñistas, en los cuales, a su vez, había empezado él por inspirarse. La vida, después de todo, no es más que una devanadera...

Al ver entrar a la Feli se creyó en el caso de decir algo antes de que ella hablase:

—¡Qué lastima, mujer! Si vienes un poco antes ves el espectáculo, pero que en butaca de orquesta.

—¡Qué ha pasao, señor Alfonso! ¿Ha sío aquí, verdad?

—En esta tu casa, que si me descuido, se la lleva hasta con el solar.

—Pero, ¿es que Marcelo se ha atrevido a...?

El señor Alfonso miró a los presentes con una risita de suficiencia, hizo una pausa, se terció la gorra y prosiguió...

—¡Que si se ha atrevido...! Como audaz, Don Juan Tenorio a su lado es un mancebo de botica.

—Bueno, pero ¿qué ha pasao? ¿Quié usté decírmelo ya y dejarse de sinfonías?

—Ni na, ni na: poca cosa. Yo y estos señores—señalando a dos de los presentes—, que estábamos en esa mesa de junto a la puerta descabezando un tute con gotas; el chico que había salío a un recao; tu cónyugüe, que debía estar al acecho, y que entra de repente, y que se va derecho al mostrador, y que pide un quince con

soda; yo, que, después de contestar a las buenas tardes que él no había dado, le digo, sin abandonar el juego: «si no tiés prisa, espera un poco, que están al caer las cuarenta»; y el, que me replica: «¿prisa yo? Si de aquí al mes que viene lo tengo too ultimao...» Que seguimos el juego, que le fallo yo un as aquí al amigo, y que el fallado, aquí presente, me hace un guiño como diciéndome: «no te duermas, que hay mosquitos».

—Y, ¿qué era?

—Yo no lo entendí al principio; pero él reprisó la mueca, y me señaló con la cabeza el mostrador, al cual yo estaba de espaldas. Me vuelvo, miro, y veo a tu marido, ¡ay su madre!, reclinao el busto sobre el tablero como si fuera a hacerse un retrato, y con la mano derecha así como perdida en el cajón de los cuartos, que acababa de abrir por hipnotismo. Me levanto, y le digo: «¿Qué haces, Marcelo? ¿Es que te ha

dao el histérico?...» Tú creerás que se inmutó... ¡Bueno! Saca la mano del escondrijo, y con ella saca un puñado de calderilla, de plata, de lo que había; y no sacó papel del Estado, porque yo esas cosas no las tengo en casa, por miedo a los ratones. Pega un brinco, llega al portal, y... en la acera pude yo cogerlo por el cuello y meterlo pa dentro, hasta que han pasao dos guardias en un tranvía y les he estropeao el viaje.

—Puede que se tratara de una broma. ¡También usted!...

—En eso ya estoy. Sólo que yo, que en achaques de bromas me gusta darlas pesadas o no darlas, le he devuelto el festival, haciendo que, ¡por broma!, se lo lleven a la Comisaría y... ya verás lo que nos reimos todos.

La Feli comenzó a limpiarse unas lágrimas que, sin estrépito, le brotaban de los ojos. El corro de comadres, que ya había

entrado casi todo en el local, la rodeó como para protegerla de un enemigo imaginario.

El señor Alfonso, sin abandonar su tono doctoral, creyóse en el caso de consolar a la víctima:

—Vamos, mujer, que tú sabes que yo, a más de defender lo mío, como cada quídam, no he hecho más que hacerte un favor. Ese hombre a tu lao era un sinapismo, y ya que pa comer tengas que trabajar como una mula, y perdona el adverbio, al menos que trabajes pa ti sola y no para llenarle la andorga a una barra de hielo, que eso es Marcelo, y toos estamos acordes.

La Feli protestó:

—¡Pero es mi marido!

—¡Qué irás tú a contarme a mí!... Ya sabes que fuí de los que estuvieron en la iglesia de San Lorenzo el día de vuestro... suicidio, y el que más ruido metió en la garata que se armó después de la ceremo-

nia, ahí a la vuelta, en el ventorro de Juan *el Cortao*... ¡Pero es que hay hombres, que ni en salmuera!...

Hubo una pausa. La Feli había dejado de lloriquear, y se ponía en pie para marcharse. El silencio de todos daba a la escena una solemnidad de final de sainete; y el señor Alfonso, que para eso de quedar a la altura de las circunstancias era más cabal que una peseta en cuartos, tuvo un rasgo de poeta.

Fué al cajón del dinero, sacó dos duros los echó al alto para que los vieran bien todos los presentes, y dirigiéndose con uno en cada mano a la pobre mujer, le dijo:

—Toma, y no me vayas a decir que no los tomas, porque sé que hace seis días que no entra en tu cocina más cosa caliente que el gato, que está enamorao de una gata vecina.

La Feli alargó la mano y atrapó los dos *beduínos*, mientras lanzaba al donante una mirada de rencor.

—¡Ya tú ves! Puede que no sumaran tanto las monedas que Marcelo se llevaba de una puñada. Pero tomarme a mí de choto, ¿de dónde?

La otra salía a la calle sin hacerle caso; el hombre grande quiso redondear el rasgo:

—Y cuando lleves a dieta varios días, y quieras recordar a lo que saben unas patatas bien guisadas y con su aliciente de chori extremeño, ya sabes que en mi casa tiés la mesa puesta y un amigo.

El silencio de todos fué ahora un homenaje. ¡Aquel hombre, aunque le llamaba café caracolillo al agua de acerolas, era más bueno y más grande que la estación de Atocha!

La Feli anduvo unos metros, y cuando imaginó que nadie la veía, miró y remiró las monedas a la poca luz que le quedaba a la tarde.

No eran falsas, y la cosa le pareció más inverosímil que una película de las que

echaban en el *cine* de la calle de Valencia.

* * *

Feliciana Pérez y Martínez, había nacido para bestia de carga; una bestia dócil y buena, cuya suerte estaría siempre en las manos del carretero a quien el Destino la entregase.

Hasta físicamente parecía estar formada para ser uno de los componentes de una reata; tenía las espaldas anchas y fornidas, como dispuestas a aguantar todos los pesos, el cuello y el pecho resistentes, las piernas ágiles... La naturaleza, al incluirla entre los ejemplares de la especie humana, había padecido una equivocación, y además, le había hecho a la pobre un flaco servicio: tirando de un carro o llevando a cuestas diariamente serones de carbón en la Sierra, hubiera sido más feliz de lo que lo era en su vida de persona.

De niña, acompañaba a su madre, que era lavandera, al río y a casa de los parroquianos; el saco de ropa—sucia o limpia—lo llevaba siempre ella sobre sus caderas, y como las caderas no existían en su cuerpo flacucho, el uso le había ido fabricando unas lentamente, con huesos sacados de otra parte del esqueleto, no se sabía a punto fijo de dónde.

Se hizo mocita, con tres o cuatro años de retraso, y una mañana, la madre, que se acostaba casi siempre con una peseta de aguardiente en el cuerpo, amaneció muerta en la cama. Fué la única mañana que no bajaron al río; la única, porque a la siguiente volvió a bajar ella solita, ya que, como le aconsejó el tribunal de las vecinas, no debiera perder la parroquia de la difunta, que era de las más saneadas del gremio.

La Feli—desde que nació, todos la llamaban así—tuvo que subir y bajar al río la

ropa, después de haberse pasado el día trabajando. Ella no había tenido, como su madre, la precaución de tener una hija que la sirviese de cirineo.

Al cumplir veinte años se quedó baldada, y vivió tres o cuatro meses de los ahorrillos que a pulso se había formado, pasando doce horas diarias metida en un cajón, dentro del agua de las orillas del río. Cuando ella oía que le gastaban bromas al Manzanares porque llevaba poca agua, se sonreía, como sonríen las bestias, melancólica y resignadamente. ¡Qué agua va a llevar el pobre, si toda la que había corrido por su cauce la tenía ella metida dentro de los huesos, como si se la hubiesen inyectado con una gigantesca jeringa!

En cuanto, gastándose lo que pudo en botica y médico, consiguió andar, ingresó de aprendiza en la Fábrica de Tabacos, gracias a la dueña de la casa en que vivía, en la calle de Moratines, que era una de las ci-

garreras más antiguas del caserón de la calle de Embajadores.

A los dos años, la muchacha ganaba nueve reales, y se liaba al día más pitillos que los que hubieran hecho falta para surtir de tabaco a toda la guarnición de Madrid y sus cantones.

Fué la única época de respiro de su vida. Durante ella no conoció más camino que el de su casa a la fábrica y el de regreso—unos cincuenta pasos—, ni habló con nadie más que con sus compañeras de taller, ni tuvo más ratito de expansión que un día en que habiendo muerto una de las maestras, acompañó el entierro hasta la glorieta de Atocha, y a la vuelta se asomó un ratito a la calle de Méndez Alvaro y vió salir el mixto de Guadalajara.

Pero vivió tranquila y sin que la arrearan.

Acaso por esto ella notaba que en su vida faltaba algo. Una noche se había retrasado charlando un rato con la portera de la

fábrica, y volvía a casa cerca de las siete; en una de las esquinas de la glorieta había un hombre de buen ver, que parecía esperar a alguien; al verla, cruzó el arroyo, vino hacia ella, y, de sopetón, como el que destapa una gaseosa, le colocó una especie de monólogo de Hamlet concebido en estos o análogos términos:

—Vaya usted con Dios, negra, que si usted quisiera no iban a pasar quince días sin que vos, este cura y otro cura nos reuniésemos una mañana en San Lorenzo, y, previas unas bendiciones y unos camelos en latín, saliésemos los dos para recorrer la vida juntos, y, vengan penas... ¿Se calla usted? Pues el que calla otorga. ¿Qué hay de eso?

En efecto, ella no sabía qué decir: era la primera vez que un hombre se le acercaba para hablarle de aquello, y la sorpresa le trababa la lengua.

El tío quiso atacarla por el lado de la curiosidad:

—Sí, ya sé que vive usted sola, y que cuando una mujer está sola, too el que se arrima a ella se le figura que es para comérsela. Por ese lao va usted conmigo de primera, porque, si usted está sola en el mundo, yo... ¿Ha oído usted hablar de la solitaria?... ¿Qué sí?... Bueno, pues un bicho de esos, al lado mío, es una división reforzada.

Como se ve, la gracia del sujeto no era precisamente de la helénica, pero ello fué que con unas y con otras llegaron a la calle de Moratines y a la puerta de la casa. Entonces la muchacha ya no tuvo más remedio que hablar:

—Hijo mío, siga su camino, porque yo me quedo aquí.

Y se metió en el portal, andando ligerita. Su asombro no tuvo límites cuando vió que el socio, sin decir palabra, hizo lo mismo.

—Pero... ¿dónde va usted?

—¿Yo? A mi casa. ¿Y usted?

La portera, que cruzaba entonces la entrada, vino a sacarla de dudas: penetró en la portería y salió a poco con dos llaves. Entregó a Feliciana la de su cuarto y dió al hombre la otra.

Aquella noche, antes de acostarse, sabía la chica que su cortejo vivía en una de las bohardillas de la casa, que era soltero, que se llamaba Marcelo Ibarrola y que trabajaba de fogonero en la fábrica del gas. Al separarse de ella a la puerta de su cuarto para seguir subiendo escalones en busca de su bohardilla, el hombre se había despedido con toda naturalidad con un «hasta mañana» que era un mundo de promesas, y a ella le chocó la facilidad con que se habían despedido hasta el día siguiente dos personas que se habían visto por primera vez en su vida hacía cinco minutos.

No a los quince días, pero sí a los tres meses, Marcelo y la Feli se unían con el indisoluble en la parroquia de las chinches,

una clara mañanita de Abril. No se habían casado antes porque él no había querido, pues desde que hablaron la primera vez tomó él las riendas y el látigo, y no hubo más voluntad que la suya.

¿Estaba la Feli enamorada del que ya era su marido? Ni siquiera se había hecho nunca la pregunta; se casó porque él se lo mandó, y, si en vez de eso la hubiera mandado subir en globo, habría subido.

Eso del amor es una cosa o una palabra que no suele tener sentido para muchos seres humanos. Los poetas, que generalmente no tienen al día más que un cuarto de hora de lucidez mental, han proclamado al amor alma y centro del mundo; pero también son los poetas los que nos han dicho que el cielo es azul y que la muerte es una señora con varios motes—la Pálida, la Descarnada, la Intrusa, la Inexorable...—y ahora resulta que el cielo es una acumulación de gases, y que la muerte no es más que

un pretexto para que ganen dinero las empresas de pompas fúnebres.

¿Amaba Marcelo a su mujer...? Digámoslo de una vez. Hay quien se casa por vivir sin trabajar, quien lo hace por tener chicos, quien va al altar para que dos reinos se unan—véase la historia de los Reyes Católicos—y quien busca con la mano de la mujer un acta de diputado. Marcelo Ibarrola se había casado para fumar absolutamente gratis el resto de su pobre vida.

Conocía al detalle la existencia pasada y presente de la chica, sabía lo que ganaba y dónde lo ganaba, y, con tales datos, se fabricó un programa de festejos que, desde el primer día, le fué saliendo a maravilla.

El pasado era una senda de rosas para la Feli, si se le comparaba con lo que la pobre empezó a padecer desde el día siguiente al de su boda. Marcelo era un tío en toda la amplitud del vocablo, y ni aun los ratos que la cigarrera estaba en su tra-

bajo eran para ella de absoluta tranquilidad, pues salía a sobresalto por minuto, con el miedo y el temor de que la sorprendieran en el robo de la ración diaria de tabaco que el marido la exigía al llegar a casa por las noches, bajo pena de estacazos.

Una de ellas, hacía de esto tres meses, Marcelo llegó a eso de las nueve con cara de perro al que le han dado la morcilla. Le habían despedido de la fábrica del Gas, según él, por una tontería, por una injusticia: por haber reñido con un compañero. Feliciana al día siguiente, madrugó un poco más, se acercó a la fábrica, y se enteró de todo: a su marido le habían despedido porque se había liado a manporros con uno de los inspectores, un inglés más bruto que un novillo escapado, al que había terminado por arrojar a un montón de carbonilla del que hubo que extraerle con pala.

El cesante se las prometía muy felices: antes de tres días encontraría él una colo-

cación mejor, con más jornal y menos trabajo. ¿Dónde? A punto fijo no lo sabía aún; pero desde luego en un sitio del que, como le pasaba en la fábrica, no saliese él atufado todos los días.

¿Habrá que decir que la colocación no vino? Los nueve reales que ganaba la mujer eran poca cosa para que comiesen, pagasen casa y vistiesen dos personas, sobre todo en unos tiempos en que la brecolera había alcanzado el precio que antaño tenían las medias caladas.

Bien pronto—ya en la cuesta abajo—la Feli empezó a robar tabaco, no sólo para que fumara su marido, sino para venderlo a bajo precio en una cacharrería de la calle de las Urosas; el propio Marcelo la esperaba a la salida de la fábrica y llevaba el envoltorio al mechinal, cambiándolo por unas perras, que pocas veces llevaba a su casa. La vida tiene sus exigencias, los amigos son los amigos... y el aguardiente de moras que

daban en la tasca del señor Waldo el *Escorpión,* era talmente bálsamo.

Y un día, los nueve reales se acabaron: a la Feli la habían descubierto el gazapo en la fábrica, y la habían puesto de patitas en la calle. ¡Carambola por tres tablas!

El mobiliario del domicilio conyugal—que no era el del Salón Gasparini precisamente—comenzó una serie de viajes a las próximas Américas, sin pasaje de vuelta, que amenazaban convertir el cuarto del matrimonio en la campana de una máquina neumática.

Lo primero que salió fué la mesa del comedor. ¡Para lo que iba a servir en el porvenir! Un industrial, pretextando que estaba coja y que no era de ébano, dió por ella tres pesetas. Siguiéronla en la travesía una docena de sillas, la cómoda, la pila de lavar, parte de la vajilla, una cafetera Dion Bouton, las ropas de la cama... ¡y la cama misma!

La noche en que Feliciana tuvo que acostarse en el suelo sobre un colchón—al otro le habían hecho la autopsia hacía cinco días—estuvo esperando a Marcelo, en vano, hasta que se hizo de día. Llegó a eso de la una de la tarde, con una de inyecciones de alcohol que parecía un cardíaco *in extremis*. Para despejarse, dió a su costilla tal paliza, que en dos días no pudo sentarse a derechas, ni mover el brazo izquierdo.

Había empezado la época de los volatines en la casa. Establecido el turno impar para las comidas, muchos días de los del turno, no se comía tampoco, porque no había de qué; el ajuar de la casa se había deshecho: la batería de cocina había caído en manos del enemigo, y un día en que Feliciana, con dos pesetas que le prestó por lástima una vecina, quiso poner un cocido, tuvo que ponerlo a la lumbre en el sombrero hongo de su marido, en el mismo que

había llevado el día de la boda, y que ningún prendero quería porque decían que estaba pasado de moda.

Y cuando ya llevaba tres meses así, Marcelo una tarde penetró en el tupi del señor Alfonso, se acercó al mostrador, pidió un quince con soda y... el resto ya lo conoce el lector.

* * *

Cerca de un mes llevaba en la cárcel Marcelo y su mujer comenzaba a olvidarse de él. Al principio le había echado de menos, como se echa de menos una cosa o un animal—gato o perro—que se tiene la costumbre de tener al lado; después se acordaba de él como de una enfermedad de la que se va convaleciendo poco a poco, y ahora ya... casi estaba a punto de darle la razón al señor Alfonso.

—Te he hecho un favor—le había dicho

la tarde famosa—al meter a tu marido en la cárcel.

Lo cierto era que en la casa se gastaba menos e ingresaba lo mismo, es decir, nada. Total: saldo a favor. Y, además, la Feli se ahorraba la partida de las palizas, que no era de las menos importantes.

Eso sí; se aburría como un pajel conservado en hielo. Todo el día era suyo, y al principio lo había empleado buscando colocación: quiso entrar de criada y fué a pretender en casi todas las casas del barrio y en muchas de las del distrito.

—¿Usted ha servido ya?—le preguntaban en todas, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—No, señora. Es la primera vez.

Y al oir la contestación le daban invariablemente con la puerta en las narices.

Podía haber mentido y decir que sí; pero entonces vendría la toma de informes y la mentira caería al suelo.

Quiso luego entrar en un taller de plancha, pero no encontró ni uno en el que hubiese plaza. Además, desde que se habían puesto en moda los cuellos y puños blandos entre los hombres, el gremio estaba en decadencia. Cansada de buscar por un lado y por otro, no volvió a salir de su casa, y hubo día que lo pasó todo él sola, sin más compañía que un panecillo de diez céntimos, y otros, ni aun el panecillo.

Una noche se aburría ya mucho, y, además, no tenía sueño; tomó el mantón—una de las pocas prendas salvadas del naufragio—y se echó a la calle, sin más objeto que el de corretear.

Era Noviembre y, por raro acaso, hacía una noche sin frío; llegó a las Rondas y siguió por ellas hasta llegar a la glorieta de Atocha.

Poca gente en las calles; las tabernas y establecimientos similares ya habían dejado esa alegría del verano, en que todo el

bullicio del local parece reflejarse en la puerta. Por el centro de la calle pasaban veloces los tranvías casi vacíos y repiqueteando mucho, como si quisieran espantar delante de sí a las sombras de la noche.

Al pasar frente al *Caracolillo-Salón* oyó el ruido del armatoste eléctrico, que eruptaba las notas del pasodoble de *Eva;* se empinó sobre los pies, miró hacia dentro y vió que estaba atestado de gente. No quiso entrar.

En la glorieta la animación era mayor. Subían unos coches cargados de baules de la estación del Mediodía, y los grandes focos de ella, a través de la enorme cubierta de cristales, le daban aspecto de cárcel en la que estuviera sufriendo condena la luz por... lo tonta que se ha puesto con el aplastante precio del kilovatio.

En el cruce de Atocha, la Feli vaciló ante el rumbo que había de seguir; ya allí empezaba el Madrid desconocido para ella

y que sólo había atravesado cuando de chica acompañaba a su madre a llevar la ropa a casa de algunos parroquianos.

La bóveda que formaban los árboles del Botánico la atrajo más que la cuesta de la calle de Atocha, y siguió por allí; al entrar en el paseo del centro se le ocurrió mirar al cielo y fijarse en una estrella. Como no tenía nada en qué pensar, pensó en si aquélla sería la suya.

Un ómnibus que venía a todo escape la obligó a apartarse y a subir al andén de la derecha. Siguió por él caminando un largo trecho, mirando curiosa la espesura del Jardín Botánico, poblado de sombras tras la enorme verja.

Los transeuntes eran pocos: algún hombre que otro que se cruzaba con ella muy deprisa, como si temiera llegar tarde a algún sitio. El paseo, visto desde allí, y mirando hacia Neptuno, parecía un bosque en el que brillasen unos puntos de luz miste

riosos; los faroles del alumbrado, repartidos entre los árboles, parecían estar más cerca del suelo al compararseles con la gigantesca estatura de los álamos y de las acacias.

Al llegar frente al Museo de Pinturas, el paseo se abría en una plazoleta circular en la que había cuatro fuentes. Ya la perspectiva nocturna, al agrandarse, se hacía más sombría con los árboles de la plaza de Murillo a un lado y los parterres que se extendían a todo lo largo de la fachada del Museo.

A la Feli le parecía que estaba ya a muchas leguas de su casa, en otro mundo muy distinto de aquel su barrio de las Peñuelas, en el que vivía casi desde que había nacido. Sentóse en un banco y estuvo allí quieta cerca de media hora; ya no pasaban los coches de la estación, y sólo muy de tarde en tarde se arrastraba perezosamente por el asfalto una berlina de alquiler que iba a encerrar.

Unos bultos negros cruzaban de vez en cuando el paseo e iban a perderse en la arboleda que había al pie de la estatua de Murillo; generalmente eran una mujer y un hombre, y al poco rato volvían a salir, marchando el hombre por un lado, bastante deprisa, y alejándose la mujer por otro algo más despacio, para detenerse a los pocos pasos y al borde mismo del paseo, como al acecho.

Feliciana no se explicaba muy claramente lo que era aquello; pero tampoco tenía un gran interés en buscar la explicación. Iba ya a levantarse para regresar a su casa por el mismo camino, cuando un hombre, que hasta entonces no había visto, llegó y se sentó en el mismo banco, mirándola con curiosidad.

Era un sujeto como de unos cuarenta años, y con esa indumentaria especial del artesano distinguido o del oficinista aplebeyado. Arrimóse a ella y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, morena?

Ella, con la sorpresa, no supo qué contestar. Nunca pudo imaginar que a aquella hora y en aquel sitio tuviese nadie ganas de cortejarla.

—¿Eres muda?

—No, señor.

—Como no me contestabas.

—... ¿Qué quería usted que le dijera?

Ahora el que se calló fué el tío. Arrimóse más a ella, y, cogiéndola suavemente los flecos del mantón, soltó un hilillo de voz para decir:

—Anda, ¿vamos?

—¿Adónde...?

—A ver si es que yo me he arrimado a ti para que me tomes el pelo. Debo tener cara de lila.

—Yo no sé lo que me quiere usted decir...

—¿De verdad...? Ahora va a resultar que tú vienes aquí por las noches a rezar el ro-

sario. ¡Nos ha fastidiado la mística! ¡Podías ponerte un letrero!

Se levantó iracundo y se marchó hacia la plaza de Murillo. La Feli vió cómo, antes de que hubiera andado diez pasos, se le acercaba uno de aquellos bultos negros que parecían salir de las sombras y se marchaban juntos en medio de la noche.

Alzóse ella a su vez y apretó el paso hacia la glorieta de Atocha. A punto fijo no sabía qué pensar, y cuando ya iba por cerca de la puerta lateral del Jardín, quedóse como embobada mirando adelante, a unos pasos de ella por el mismo paseo, por donde avanzaba, tan tiesa y grave como siempre, su vecina la señora Gregoria; porque no podía dudar de que era ella aquella individua de mantón gris y pelo del mismo tono, que ya la miraba con interés como reconociéndola.

Las dos sombras se tropezaron, y la señá

Gregoria fué la primera que rompió el incógnito.

—Feli... ¿usted por aquí?

Lo dijo en el mismo tono de sorpresa y de alegría que si se la hubiera encontrado en el Banco de España, negociado de cuentas corrientes. A Feli, el hallazgo no le causó más sensación que esa peculiar que nos produce hallar un rostro conocido en una población extraña.

—Aquí he venido... a tomar un poco el fresco. ¿Y usted?

—¡Bah! Yo vengo todas las noches.

—¿Ah, sí?

La otra se la quedó mirando como queriendo salir de dudas. ¿Era una compañera o una engañada? Fuera lo que fuera, ya que el pastel estaba descubierto convenía tenerla de su parte.

—¿Qué? ¿Sabe usted algo de su Marcelo?

—No, señora.

—Me parece a mí que eso va para largo... Y ¿qué hace usted? ¿Trabaja en algo?

—No encuentro; yo bien quisiera; pero, somos tantas para todo...

La señá Gregoria, que tenía de tonta lo que tiene de simpático el señor Villanueva creyó llegado el momento de lanzarse.

—Pues aquí, siendo aplicada, puede una sacarse un jornal muy decente.

—¿Aquí? ¿Dónde?

A menos de ser una consumada maestra en el arte de la hipocresía, era indudable, por el modo que había tenido de hacer aquellas dos preguntas, que la buena mujer no sabía de lo que se trataba. De maestra, ¡pobrecilla!, no tenía nada; por lo tanto...

—Pero ¿de veras no sabe usted a lo que venimos aquí todas?

—De verás...

La cogió suavemente por un brazo y la hizo echar a andar otra vez hacia Neptuno.

—Mire. ¿Ve aquellos bultos negros que van de un lado para otro?

—Ya los he visto antes.

—Pues son mujeres como usted y como yo.

—Ya me lo he figurado. Y ¿qué hacen?

—Esta Feli es tonta—pensó, sin decirlo, la 'Gregoria—. ¡Qué han de hacer! Los hombres, que son muy caprichosos... Usted habrá oído decir que en el mundo hay mucha hambre.

—¡Ya lo creo!

—Bueno, pues eso es una verdad como un templo. Ahora que no hay que tomar las cosas por lo material: esa hambre no es sólo hambre del estómago, sino de otras cosas. Hay quien come regular y... se muere de apetito; porque los hombres hablarán muy mal de las mujeres, pero la mayoría de ellos, como pasen veinticuatro horas sin arrimarse a una, ya están relinchando.

—Es verdad.

—Al principio, ¡claro!, todos buscan a las guapas y a las jóvenes; pero, como apriete mucho la necesidad y haya pocos cuartos en el bolsillo, pues... antes que meterse en la cama por las noches sin aplacar el hambre, se dejan caer por estos barrios y toman lo que hay.

—Pero ¿usted?...

—Sí, hija mía, yo: la señá Gregoria. Pues ¿qué te creías tú?, ¿que yo vivo de mis rentas? Cómo se iban a reir nuestros vecinos si lo supieran... Pero no sabrán nada, porque *tú*—empezó un tuteo como prenda entre las dos—eres muy buena y no se lo contarás a nadie.

—¡Jesús! Lo que es por mí pué usté estar tranquila; ya sabe que no me gusta el chisme.

—Lo sé, lo sé... ¿No es verdad que doy el pego a la gente con mucho aquél? ¡La señá Gregoria! ¡La vecina más respetá de la casa! ¡La que sirve de madrina de toos los

chicos que se bautizan en ella, y la que pone la mortaja a toos los vecinos que la diñan pa que entren bien vestidos en el Este!... ¡Si ellos supieran! Las manos que visten las ropitas a sus hijos para llevarlos a cristianar han estao la noche antes trabajando en lo suyo pa ganarse el pan. ¡¡La perra vida!!

Y era verdad: en la casa de la calle de Moratines donde la Feli vivía, moraba una institución: la señá Gregoria. Buena, era más buena que una camisa de dormir; honrada, era más honrada que don Gumersindo Azcárate, y persona decente y de prestigio, podía ponerse donde se pusiera otra, que puestas en raya, rayaría la más alta.

Había nacido en la casa hacía cincuenta años, y al morir su madre—una casquera de la calle de Valencia—encontróse con la sorpresa de un pucherete lleno de duros amadeos y de la república escondido en el fondo de la carbonera. Bueno; lo del puche

ro era una narración tártara inventada por Gregoria para que nadie se preocupase de sus medios de vida. Soltera desde antes de nacer, todos decían—y era el evangelio—que, en lo tocante al amor, conservaba su cuerpo en el mismo estado de dominó cerrado a blancas en que lo sacó del vientre de su madre, y habría podido ser reina de unos juegos florales a no ser por lo de los cincuenta años y por la falta de ropa apropósito.

Si un vecino se ponía malo y no tenía para las medicinas, la peseta de la señá Gregoria era la primera que figuraba en la colecta vecinal para comprarlas; si un matrimonio se distanciaba después de haberse dado unos golpes—¡la vida sin amor no se comprende!—la mano de la señá Gregoria era la encargada de unir las diestras de los dos cónyuges, porque, como ella decía, el matrimonio es la base de la familia, y la familia es la base de la *sociedaz*.

Tenía en la actualidad en la casa cerca de treinta ahijados, y en su cuartito limpio y soleado del tercer piso exterior, se practicaban a diario todas las obras de caridad que manda la Doctrina y una más que ella había inventado para su uso particular; la de evitar los desahucios. El administrador de la finca la consideraba y atendía como a una santa, y el inquilino a punto de ser lanzado al arroyo, quedaba en su cuarto unos días más porque la señá Gregoria lo había querido.

Y, llegada la noche, para cerrar con llave de oro la santidad del día, la buena mujer cogía su mantón, aseguraba su puerta y se marchaba a una hermandad nocturna que tenía su domicilio social al otro extremo de Madrid, y allí pasaba la velada curando enfermos y cosiendo ropa para los niños de los asilos.

Eso es lo que decía ella y eso era lo que creían todos. Pero donde se marchaba era

al Botánico, y una vez allí, y si la noche ayudaba un poco, sus manos no eran manos. ¡¡Eran rotativas!!

* * *

La Feli oyó con asombro toda esta historia que su amiga y vecina le vertió en los oídos como un volquete, dorado por fuera y cargado de estiércol, que se vacía a la puerta de un establo.

Cuando Gregoria, ya francamente, aconsejó a su amiga que no fuese tonta e ingresase en el gremio, la buena mujer no contestó, como protesta de un pudor que se revela, más que lo siguiente:

—Bueno, pero yo soy casada.

Y no lo dijo con indignación, sino como el que presenta a la vista de una persona amiga un obstáculo con la intención de que la ayude a salvarlo.

—No estoy conforme. ¡Tú que has de ser casada! Tú eres viuda, al menos provi-

sionalmente; tu marido no ha de venir a pedirte cuentas, y si algún día te las pidiera, con decirle que no estabas dispuesta a morirte de hambre, has liquidao.

La Feli se tomó unos días para pensarlo. Naturalmente que en esos días pensó en todo menos en eso.

Una tarde—llevaba ya cerca de setenta horas sin comer—bajó al cuarto de la señá Gregoria a pedirle *prestados* dos reales para traerse una ración de guisado de la casa de comidas de la plaza. La buena mujer la acogió afectuosa, no le dió los dos reales y la convidó a cenar en su compañía: mano a mano se comieron las dos una sopera de tapioca y una fuente de ensalada, y se bebieron —la dueña de la casa apenas lo probó—, una botella de tinto de cuartillo y medio, sin dejar más que el casco y el tapón.

Salieron juntas a la calle, cercanas ya las diez de la noche. La Feli iba locuaz y albo-

rotadora, y de cuando en cuando daba un tropezón y caía sobre el cuerpo de la amiga.

· Hacía frío, un frío seco de finales de Noviembre que se metía en los huesos y los atenazaba. Para combatirlo, Gregoria caminaba muy deprisa y arrastraba a su paso a la pareja.

Cuando el frío apretaba, la parroquia nocturna, sobre ser escasa, no solía pasar de Neptuno, y, si no se quería perder la noche, había que salir a su encuentro al Prado por las alamedas sombrías que rodean el monumento del Dos de Mayo y hasta los pies mismos de la Cibeles, con sus monstruosos juanetes de piedra. Gregoria y la neófita pasaron por todo el Botánico sin tropezar alma viviente; al llegar al hotel Ritz daban las once en el reloj del Banco, un reloj grave y rico en detalles que, cuando da un cuarto de hora, parece que entabla una conversación con todos los vecinos de la villa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Feliciana, a la que, con el fresco de la noche, se le iba pasando poco a poco la alegría.

—En el Prado. ¿No has estado nunca por aquí?

—No me acuerdo.

—Aquellas luces que se ven allá, son las de la calle de Alcalá.

Tampoco por aquí se veía alma viviente: por no haber, ni las compañeras de oficio de todas las noches, ni los jovencitos peripatéticos que parecían dar guardia nocturna a la casa de Correos, herederos directos de los efebos del Transtiber romano y del paseo del Chivo de Sodoma. Estos primeros fríos acobardaban mucho a la gente: en cuanto pasasen ocho o diez días, ya sería otra cosa.

Por el centro del Salón, entre los dos macizos de palmeras y plantas con que el celo municipal había cubierto la antigua explanada, avanzaron silenciosas las dos

amigas. No se movía la hoja de un árbol, no parecía moverse ni el aire, pero una luna en creciente hacía más sensible la helada, con ese frío blanco de las noches lunares en que todo parece de mármol, o por lo menos de escayola.

De vez en cuando un espectáculo de magia sorprendía la vista: un foco de los del alumbrado había sido rodeado por el ramaje de un árbol cercano, y la luz salía al exterior como tamizada por el dosel de hojas, como una planta de fuego que no muriese nunca. No se oían más ruidos que una serie de rumores lejanos, los murmullos de la gran ciudad, que ni aun de noche interrumpía las palpitaciones de su vida: un coche que rodaba a lo lejos, un tranvía que sonaba su timbre, la puerta de una casa que se cerraba.

Realmente, el escenario no estaba mal preparado para aquellos lances del amor callejero y soez que allí se desarrollaban

todas las noches. Sin hipérbole podía asegurarse que era muy superior la escena a la comedia: aquel jardín limpio y cuidado, con sus fuentes de leyenda, con su alumbrado oculto tras la floresta para mayor idealidad, y con el dosel imperial del cielo, parecía dispuesto para que en él los sátiros y faunos del día retozasen tras unas ninfas de veinticinco pesetas por lo menos, vestidas por Raimboltd o por Zamora, y acompañadas en sus regodeos por una orquesta de tzíganes. Lejos de eso, unas mujeres de escoria, vestidas de trapo y algunas hasta con las barbas del macho cabrío, hacían ofrendas al amor en unión de unos sujetos que sólo podían depositar ante el ara de la deidad inmortal tres o cuatro perras gordas.

Y, en esta noche, por lo visto, ni aun eso. La señá Gregoria y la Feli se habían sentado en uno de los bancos cercanos ya a la Cibeles: uno de los árboles de los par-

terres les daba sombra por entero, y, aun caminando por el centro del paseo, y a pesar de la luna, nadie hubiera podido adivinar que allí había aposentadas dos personas.

La espera fué larga, y, por lo visto, iba a ser sin fruto. Pero, aunque haya quien lo dude, también las sacerdotisas del Botánico tienen su Providencia, y ésta no podía consentir que dos mujeres estuviesen allí un par de horas pasando frío para luego irse a su casa con las manos heladas por falta de ejercicio.

Entre las dos balaustradas de piedra que daban entrada al paseo desde la plaza de Castelar, dibujóse la silueta de un hombre; venía muy despacio, mirando a un lado y a otro, y metióse entre las dos filas de jardín, con timidez, como el que teme y ansía al mismo tiempo seguir avanzando.

Muy bajito, Gregoria dijo a su amiga:

—¡A ver si quiere Dios!

Ya más cerca, el paseante iba a desfilar junto a ellas: la luna le dió de lleno por entre dos sombras de árboles: era un jovencito, sin pelo de barba apenas, y bastante bien vestido, con el cuello del gabán subido, y con toda la traza del estudiante hijo de buena familia que, no llevando más que unos céntimos en el bolsillo, tenía miedo a meterse en la cama sin haber echado al aire una cana por modesta que fuese.

Un siseo tenue, cauto, como el que se da a la cabecera de un enfermo que descansa para que no se despierte, llegó a los oídos del muchacho al pasar frente al banco ocupado por nuestras amigas—¿por qué no han de serlo?—; así dicen que llaman las serpientes a los pajarillos en el fondo de las selvas indias.

El mozo se estremeció; no había sospechado que por allí hubiera nadie, y al mismo tiempo la médula le zigzagueó en la espalda, como una serpentina arrojada con

violencia. Fijóse en el sitio de donde había partido la llamada, y vió que, en efecto, allí había dos bultos.

Aunque era aquello lo que buscaba, la timidez no le permitió acercarse; anduvo ocho o diez pasos, y fué a sentarse en uno de los bancos del lado opuesto.

Como la señá Gregoria tenía ya el doctorado en estas cuestiones, comprendió lo que el hecho de sentarse en el banco quería decir; individuo que no pasaba de largo, y aun apretando el paso muchas veces, era que pedía género. *Este ya ha mordido,* como decían ellas en el argot del oficio.

Y ¡vaya si mordía! La maestra dijo a la neófita:

—Sígueme. Ahora tú te sientas a un lado de él y yo al otro.

Se levantó, y muy despacio, como el matador que deja tiempo al toro para que se airee, fué hacia el parroquiano. Sentóse a su lado, y sin preocuparse de lo que hicie-

ra la torpona de la Feli, comenzó a hablarle:

—Oye, jovencito: ¿qué haces aquí tan solito?

—Ya ves...

La voz, más que la de un hombre, parecía la de una doncella con anginas. Gregoria le planteó descaradamente la cuestión.

—¡Qué frío hace! Voy a calentarme un poco las manos aquí, en el bolsillito de tu gabán.

Metió la derecha en uno de los bolsillos, que eran de esos profundos, de esas bolsas que, ahondando en ellas, se llega hasta las rodillas sin tropezar con el fondo.

—¿Sabes que eres muy bonito?... Ya darás la pesetita, ¿verdad?

Hablaba blandamente, suavemente, como la madre que quiere convencer al hijo a fuerza de mimos, para que se tome la taza de café en cuyo seno van desleídas unas onzas de aceite de ricino. Y para que lo de

la peseta no se quedase en un sueño, buscó el auxilio de la amiga.

—Oye, mira esta amiguita que viene conmigo... es muy jovencita...

Volvióse en busca de la Feli, y halló que la muy tontona, desoyendo sus instrucciones, permanecía de pie a sus espaldas contemplando absorta la escena.

—Vamos, mujer, siéntate ahí, que este pollito no se come a nadie.

Obedeció ahora la mujer de Marcelo, y la otra volvió a llamar hacia ella la atención del parroquiano.

—Mírala. Es la primera vez que viene... ¿Te gusta?

Al chico, la pregunta le hizo el mismo efecto que si, yendo en el tren y por un túnel, le preguntasen si le gustaba el paisaje.

El no veía más que dos mujeres, y, fijando la vista, podía notar que la que estaba a su derecha tenía el pelo gris, casi blanco, mientras la que acababa de sentarse lo te-

nía negro como una carbonería. La cara no se la veía a ninguna de las dos, pero por instinto, se inclinaba más a la Feli que a su profesora.

Esta lo comprendió así, y quiso lanzar aquel valor nuevo al mercado.

—Anda, Feli..., mira qué chico más apañao.

Pero estaba visto que aquella ave fría no se decidía, y quiso animarla con el ejemplo. Ella sola, sin auxilio de nadie, dió principio a la operación aritmética que los sabios conocen con el nombre de extracción de raíces; la luna, corriéndose poco a poco, salvó las sombras de los árboles y alumbró un espectáculo digno de Dafnis y Cloe.

La Feli miraba con el ansia y la buena fe con que el discípulo ve trabajar al maestro en el encerado; ella presentía que en aquella ciencia tenía su persona un porvenir. La señá Gregoria, como en el *baccarral*, quiso pasar la mano a otro de los jugadores:

—Anda, Feli, sigue tú. ¡Si es tan fácil...!

Feli, temblona, cogió la baraja, dió unos pases, y ¡zás! El as de bastos.

Entre las dos la mataron y ella sola se murió. Aquella noche, a la luz de la luna, Feliciana recibió su bautismo de fuego.

* * *

Por lo menos ahora la buena mujer comía a diario; sus menús no eran los del festín de Baltasar, pero una taza de café caliente por las mañanas, su potaje y hasta su cocidito apañao algunos días y unas sopas por la noche, eso hacía ya un mes que no le faltaba a la Feliciana.

Era una obra más de caridad que había realizado la señá Gregoria; decididamente, esta mujer era una santa, y si en su día no ocupaba con su nombre una página del *Flors Sanctorum* es porque la curia romana hacía trampas en esto de las canonizaciones.

Con sus consejos primero, con sus... lecciones prácticas después, ella había hecho de Feliciana una mujer de provecho y una de las firmas de cotización más alta en el mercado nocturno de los aledaños del Museo del Prado. Tenía ya su parroquia fija; hombres consecuentes que la buscaban a la misma hora todas las noches, y que si no la encontraban, preferían marcharse antes que ponerse en otras manos. Sabido es que en las peluquerías hay parroquianos que hacen lo mismo con determinados oficiales; que estas cosas de la cabeza son muy delicadas.

Las dos pesetas le fallaban muy pocas noches, y si el tiempo era bueno y el santo se le ponía de cara, llegaba a los doce y catorce reales con bastante facilidad. Una vez volvió a su casa con cinco pesetas; creyó volverse loca de alegría. Claro que, al mismo tiempo que el duro, se había ganado un dolor reumático en la muñeca de-

recha, efecto sin duda del relente y de la humedad de la noche. Tuvo un rasgo y al otro día se compró unos guantes de lana en la calle de Toledo, y no se los quitaba ni para lavarse las manos.

Poco a poco fué trabando conocimiento y amistad con el pintoresco mundo de sus compañeras; no todas eran viejas como la señá Gregoria, pues había algunas jóvenes como ella, aunque estaban en minoría. El mayor contingente lo daban las inválidas de la prostitución, pobres cigarras que, habiendo pasado su juventud y su edad madura en el encierro de un prostíbulo, sin pensar en el mañana, iban poco a poco bajando los escalones del vicio hasta llegar al último; un día en la casa en que estaban de pupilas ya no las querían, pues su edad hacía que lo parroquia las confundiese con la encargada, y se echaban a la calle, como la fiera a la que le han quemado la guarida.

En los ratos de ocio, que no eran pocos, armaban corrillos junto a la fuente de las cuatro estaciones o al pie de la estatua de Claudio Moyano, y era sabroso oirles recordar sus épocas de esplendor. Algunas de ellas habían conocido a Godoy y no tenían empacho en confesarlo, y otras, más modestas, habían perdido la doncellez el día de la batalla de los Castillejos, sin haberla vuelto a recobrar.

Había una a la que todas llamaban *la abuela*, y que lo era en efecto, pues tenía dos nietos trabajando en la canalización del Manzanares; había pasado ya un rato largo de los setenta, y con su pelo como el marfil y la majestuosa gordura de su corpachón hidrópico, ya no ejercía más que de tarde en tarde, aunque sin desertar el campo una sola noche, queriendo morir, como el artillero pundonoroso, al pie mismo del cañón.

Su preferencia, según ella misma decía,

era el señorío, la gente fina y bien vestida, que también bajaba por allí de cuando en cuando, pues las apariencias son lo más falaz que existe en el mundo. Aseguraba muy seria que, al principio de su carrera, había ella celebrado una noche un coloquio íntimo al pie de la verja del Retiro con un duque muy popular en Madrid, que había salido a correr la aventura por aquellos barrios de Atocha, envuelto en su capa manola. Y agregaba, ¡jurándolo por sus nietos!, que el duque no iba solo, sino que le acompañaba un su amigo, más alto todavía que él...

El auditorio a veces se reía al oir semejante evocación, pero otras oía a la abuela con supersticioso respeto y se fijaba en sus manos, que así habían escrito un capítulo de la Historia de España. ¿Sería verdad? En tal caso era un honor inmenso para la clase y un consuelo el pensar que también hasta ellas podía descender un tal linaje de esplendores.

La abuela, ahora, sabía hacer las cosas con mucha dignidad: había inventado una fórmula que dejaba a salvo todos los convencionalismos. Al cruzarse con un posible parroquiano, le decía dignamente:

—Oiga, caballero, ¿no quiere dejar una limosnita para la pobre vieja?

Si el mancebo soltaba la limosna, ella no tenía más que alargar la mano y agradecerlo con frases de florilegio.

—Dios se lo pague, noble señor, que tiene usted cara de bueno y de persona decente. ¡Bendito sea su corazón, y permita Dios que por cada centimito que me acaba de dar le nazca un billete de mil pesetas en el bolsillo!

Claro que este augurio no se cumplía nunca.

Pero los había relapsos, miserables, egoístas, que por no desabrocharse el gabán negaban la limosna, y entonces *la abuela* se transfiguraba: con esa rapidez metamorfo-

seadora—¡el vocablo es de los de abrigo!—tan propia de la raza, desaparecía la mendiga y hacía su aparición la cortesana.

—¿No quiere tampoco que...?

La primera impresión del oyente era de asombro. ¿Hablaría en serio aquella anciana? Y muchos, por salir de dudas, aceptaban; el que, por no desabrocharse, no había dado diez céntimos, se desabrochaba ahora para dar cuarenta o cincuenta. Era un placer milenario: como si una mujer de la época goda nos saliese ahora a la vuelta de una esquina para hablarnos de amor.

También ocurría que el sujeto, compadecido, diese la limosna después de oir la invitación al vals, añadiendo en tono evangélico:

—Tome, buena mujer, y no gaste bromas de esas, que a su edad desentonan.

Y aún había otro caso: el del transeunte que escuchaba la petición, oía después la frase llena de promesas, y, haciendo caso

omiso de ambas, se marchaba escupiendo y apretando el paso.

La Feli se hizo muy pronto la mejor amiga de *la abuela;* le encantaba su conversación, llena de cuentos y de relatos pintorescos, que la muchacha oía como si fueran romances de ciego. Rota muy pronto la tutela de la señá Gregoria, con la que seguía saliendo y entrando junta en casa para el mejor parecer, Feliciana, los ratos en que no charlaba con la vieja, prefería pasarlos sola, acurrucada contra el tronco de un árbol o sentada en el banco de piedra que rodea la verja del Dos de Mayo. Muy pronto aprendió que los hombres preferían siempre a las mujeres que estaban solas, con un miedo instintivo a los grupos de arpías de mantón, en los que parecía cocerse algún maleficio.

En esta noche estaba sola, junto a la verja del histórico monumento, mirando embobada las ventanas del hotel Ritz, ilumi-

nadas como para una gran fiesta. ¿Qué podría haber allí dentro? Por las compañeras tenía ya una idea de lo que era aquéllo: una fonda en la que se reunían los ricos de Madrid para comer y bailar y gozarla a su antojo, y la buena mujer miraba aquello con arrobamiento simplista, como un lugar en el que no se conocían las penas, como un mundo lejano al que ella nunca podría llegar, cual uno de esos astros que tachonaban el cielo, apagándose siempre a la hora misma en que ella se retiraba a su casa muerta de frío.

Oyó el rumor de una conversación a su izquierda, hacia la calle de la Lealtad; inclinándose un poco en el asiento vió un hombre, fijóse bien en él y tardó poco en reconocerle. Era el mozalbete, el estudiante de su primera noche, el que para ella había sido iniciador en el torpe oficio, y del que se acordaría siempre como nos acordamos de la primera patrona de casa de hués-

pedes, o del catedrático que nos dió las primeras calabazas.

La curiosidad la hizo levantarse y mirar: el muchacho hablaba con otro hombre de su tipo y edad, y a éste ¡demonio! también le conocía la Feli.

Era uno de los muchos, uno del gremio. En el oficio le conocían todos por *la Estrella*, y esto, que parece la marca de un café o el nombre de una perra, no era más que el apodo, el nombre de guerra de un muchacho que, por méritos propios, ocupaba el primer lugar en el escalafón de los invertidos.

Eran los de siempre, los de todas las páginas de la Historia: los efebos de los Gimnasios y del Cerámico de Atenas, los amadores nocturnos de la Suburra romana, los pajes y familiares de los cardenales del Renacimiento, los que asistían desnudos y con el cuerpo embadurnado de purpurina a los banquetes de Calígula y Tiberio, y los que

ahora—en el año 17 del siglo XX—pueblan de noche las calles apartadas de Nápoles, ciudad que tiene, entre sus mil encantos, el acre y perturbador de sus *bambinos*.

Y estos mocitos—jornaleros, chulillos, vagos de profesión—que animaban de noche la plaza de la Lealtad ofrendando su mercancía, y que de cinco a siete de la tarde sentaban sus reales en plena Puerta del Sol, sabían por instinto lo ilustre de su prosapia y no ignoraban que la literatura les había hecho sus favoritos en ocasiones. Su única falta, acaso, había sido la de nacer demasiado tarde, o tal vez fuera de lugar: una moral cristiana los había ido poco a poco echando del mundo, y ahora, para cumplir su misión, tenían que buscar las sombras de la noche y elegir un sitio cómplice por donde nadie pasase. Antes, cuando el Amor era ambisexual, su oficio era tan noble como el de las cortesanas.

El estudiante y *la Estrella* parece que se

entendieron pronto; cesaron de hablar y, muy cogidos del brazo, marcharon hacia la calle de Alarcón, ellos sabrían a qué.

No los seguiremos nosotros, lector, pues toda intromisión en la vida privada de alguien, nos resulta odiosa. Más vale que nos quedemos haciéndole compañía a la Feli, que ha vuelto a sentarse, pues, quedándonos a su lado no corre ningún peligro nuestra integridad personal.

Ahora parece como que se oye una tenue musiquilla procedente de las estancias del hotel Ritz. A su arrullo, los pensamientos de la buena mujer se van sutilizando un poco.

¡Qué bien se debe estar allá dentro! De seguro que no hace el frío que en la calle, en esta noche de Enero. Pues, ¡y lo que se comerá! Seguramente cosas que ella ni las había oído nombrar; y venga juerga y diversión a todo trapo. Luego dicen que para ver el cielo es preciso morirse. ¿Qué les

puede faltar a los que están allí para disfrutar de todas las delicias del cielo?

La mampara de cristales giró, y un señorito de gabina salió a la calle; sin duda, uno que se había cansado de disfrutar tanto y se marchaba a acostarse. La Feli le vió detenerse en la acera bajo la iluminada marquesina, mirar a todos lados, vacilar, y por fin echar a andar muy despacito hacia el centro de la plaza.

Venía derecho a donde estaba ella: mejor, así le vería la cara: ya sentía curiosidad por ver cómo la tenían los felices huéspedes de aquella fonda. Claro que a ella le parecía un disparate lo que aquel sujeto acababa de hacer: era como salir del Paraíso para meterse de cabeza en el Infierno.

El individuo cruzó el arroyo y penetró bajo la arboleda que rodeaba el monumento: se detuvo, y volvió a mirar a todos lados, como buscando algo. Por lo visto no lo encontraba, y dió una patada en el sue-

lo, diciendo al mismo tiempo, casi en voz alta:

—¡Ese canalla no ha venido!

A la joven empezó a interesarle la cosa: se acurrucó en su escondrijo, y contuvo hasta la respiración para no cohibir con su presencia al recién llegado.

Este se marchó muy despacio hacia abajo, y a los tres minutos escasos volvió a aparecer por el lado opuesto: había dado la vuelta a la verja, y venía ahora más pegado a ella, tanto que, si no se apartaba iba a tropezar con la Feli. Por lo visto la distinguió, paróse frente a ella, y después de dudar un poco, la habló así:

—Buenas noches: ¿hace mucho que está usted sentada aquí?

—Ya hace un rato, señor.

—Pero, ¿hará media hora?

—¡Anda! Y una también: ¡ya lo creo!

—¿No ha visto usted a un muchacho alto, delgado, de capa... con gorra?....

—De esas señas, no, señor... Otros sí han estado ahí parados, hace poco.

—¿Cómo eran?

—Pues muy jovencitos: a uno de ellos sí le conozco yo.

—¿Se llama Esteban?

—¡Ay! El nombre es lo que no sé. Pero no debe ser ese que usted dice... El otro era ese que le llaman *la Estrella*...

—¡Vaya por Dios!

El hombre sentóse en el banco al lado de la Feli. Hubo una pausa larga, y al fin, ella, picada por la curiosidad y animada por la cara de buena persona del caballero, se arriesgó a hablar:

—Aquí fuera hace más frío que allá dentro.

—Yo no lo noto...

—¡Anda! Pues yo estoy heladita... ¿Esperaba usted a alguno?

—Sí; uno de estos que hay por aquí todas las noches.

—¿Le ha citado aquí?

—Sí...; pero esta gente es imposible; no tiene formalidad. Le habrá salido otro, y se habrá marchado con él.

—Ya, ya...

—¿Vienen muchos?

—No crea usted... que ya va una temporada en que vienen menos. Como hay tanta recogida...

—¡Cómo! ¿Pero también con ellos reza eso de las recogidas?

—¡Digo! Más que con nosotras.

—Pero ¿y en qué pueden fundarse los agentes para recogerlos? Son unos ciudadanos que han salido a dar un paseo tranquilamente.

—¡Ya! Pero como a casi todos ellos los tienen fichaos, pues echan el guante, y quincena que se ganan.

Quedaron los dos callados unos momentos: él era un hombre ya maduro, esbelto aún, pero con ese aire cansado del que ha

vivido muy de prisa, y ha ido perdiendo poco a poco la fe en las cosas. Por la abertura del abrigo se le veía la blancura de la camisa de frac; olía a tabaco bueno, a vinos caros, a ese perfume especial que no se vende en ningún comercio, y que podríamos llamar olor a bienestar. Al abrir la boca enseñaba un muestrario completo de dientes de oro.

Llevaba ya un rato contemplando fijamente a la mujer:

—¿Qué? ¿Se gana mucho?

—¡Calle usted por Dios! Para mal comer, y gracias. ¿Quién quiere usted que baje por aquí con este frío y con estas heladas?

—Pues ya ves cómo baja alguien...

—¿Quién?

—Yo.

—Sí, pero usted viene a lo suyo.

—Me parece que por esta noche...

—Si yo...

—¿Qué?

— ... puedo servirle de algo...

—¿Por qué no, mujer? Yo no soy exclusivista. Pero me parece que aquí...

—¿Qué?

—Puede vernos alguien...

—No pase usted cuidaos; el único que nos verá, que es el que está allá arriba, no se fija en estas cosas.

Nunca había puesto la Feli tal suma de devoción en la tarea: fué una labor de miniaturista. Aquella empresa no sería tan alta como la que con tanto orgullo relatara *la abuela;* pero allá se le iba. ¡A saber quién sería aquel punto!

Ella, por lo menos, pensó que era un dios, cuando, finado el lance, le puso en la mano una moneda de cinco pesetas. Al principio creyó que le pediría la vuelta; pero lo que hizo fué levantarse, volver la espalda y alejarse más que de prisa con el inevitable hastío, y—al parecer—con algo de remordimiento.

No le dió tiempo ni para darle las gracias: masculló unas frases, pero las palabras se le atropellaban en la boca:

—Muchas gracias, señorito... Ya sabe usted..., cuando quiera...; yo siempre a estas horas...

El señor ya había cruzado el paseo de carruajes y se había metido entre los parterres del salón. Le siguió con la vista primero, y después se levantó y echó a andar tras él, aunque muy de lejos. Le vió cruzar la plazoleta central y detenerse de pronto en medio de ella, como si hubiera visto algo inesperado. Ella dió la vuelta por fuera, y asomándose por entre dos macizos de plantas, miró también.

Antes que ver, oyó; y fué un bullicio, un tumulto de gritos y risotadas, impropio de la hora y del lugar. Parecían voces de mujer, chillidos de colegialas locas a las que se acaba de conceder una hora de asueto; mirando, se veía que los que así alborota-

ban eran cinco o seis hombres —vamos al decir—, un grupo de mozalbetes que para entrar en calor se habían puesto a jugar al paso en el centro del jardín.

Uno de ellos, inclinado hacia adelante, servía de obstáculo que los demás habían de saltar; a lo mejor, el saltarín perdía el equilibrio, y, junto con el de abajo, caía al suelo, revolcándose los dos un rato y retozando sobre la arena, entre las risotadas de los demás.

El que ahora iba a saltar se detuvo a la mitad de la carrera, se quedó mirando al fondo hacia donde debía estar parado el de bimba, y dijo a los demás, bajando la voz:

—¡Anda, leñe! ¡Mi paloma! ¡Bueno se habrá puesto!

Y, sin decir más, abandonó el juego y fué derecho, y dando saltitos, en busca del amigo.

Los demás quedáronse cuchicheando; la Feli pudo coger algunas frases sueltas.

—Es un tío con la mar de guita.

—Pero que nos aliviábamos para una temporada.

—Yo, por mi parte, estoy dispuesto.

El señor y el muchacho tenían, mientras tanto, su pequeña bronca.

—Una hora llevo pasando frío esperándote y tú aquí jugando con esos golfos.

—He pasado por la puerta cinco o seis veces y no estaba usted.

—Haber esperado...

—Ya sabe usted...; bueno, ya sabes que no podemos estar paraos en un sitio mucho tiempo; nos echan el guante en seguida.

La horda se había ido acercando poco a poco a la pareja; parecían fierecillas al acecho de la presa codiciada. La verdad era que caían pocos peces como aquel en la red; era un caprichoso, un tío riquísimo, tocado de platonismo y que, a cambio de muy buenos billetes, daba muy poco que hacer. Se trataba de un contemplativo que,

enamorado de la belleza helénica, se conformaba con ver en paños menores—¡muy menores!—a los efebos, sin tocarlos ni por soñación.

Cualquiera de los del grupo pensaba que si uno de ellos hubiera tenido la suerte de Esteban, resolvía en pocos días el problema de la alimentación. Pero Esteban era idiota y no sabía aprovecharse. El que parecía hacer de jefe de los demás dió una orden al ver que su amigo y el otro se alejaban muy juntos hacia la acera del Banco.

—Uno de vosotros debe llegarse a la taberna de Ciriaco y avisar a Damián. Para estas cosas es el único.

No fué uno sólo, sino dos los que salieron corriendo hacia la calle de la Lealtad, donde estaba el establecimiento del señor Ciriaco: empujaron la puerta y se dirigieron a un hombre alto, de unos mostachos muy grandes y bastante bien vestido que cabeceaba un sueño junto al mostrador.

Dos palabras al oído, y salieron los tres a la calle.

—¿Viene solo?—preguntó el de los bigotes.

—Como un hongo.

—Pues ya lo sabéis: entráis uno por cada lado y empezáis a chillar.

—Ya, ya...

Mientras iban y venían los del recado, los otros se habían separado y paseaban como guardando el campo y sin perder de vista a los tórtolos. Con la obscuridad sólo se había visto a la pareja desaparecer detrás del urinario que había al borde mismo del arroyo; pero no podía saberse si es que habían entrado en él o habían seguido por la espalda para cruzar la calle.

Juntos ya todos, muy pronto se pusieron de acuerdo. La Feli, intrigada por aquellas idas y venidas, se había acercado al grupo; el *Recortao*, uno de los más viejos, la dijo:

—Tú, Feli, no te metas en esto. No vayas a echarlo a perder.

—Pero, ¿qué váis a hacer?

—Ya lo verás; pero échate a un lao y no metas el cuezo.

La buena mujer miraba al urinario como a una cueva de la que fuese a surgir algo diabólico. Ella sí los había visto bien: se habían metido allí los dos, cosa que no tenía nada de particular, pues para eso estaban en la vía pública esos simpáticos artefactos; para que la gente se metiese en ellos a dar cumplida satisfacción a sus necesidades.

Inmóvil desde el centro del paseo lateral, pudo darse cabal cuenta de la maniobra. Poco a poco y sin hacer ruido, fueron rodeando el urinario como un fuerte al que era preciso atacar por todos sus flancos: dos de ellos, cada uno por un extremo, entraron en él con toda naturalidad, como quien no lleva más mira honesta que la de

aliviar la vejiga. Y entonces comenzó la representación de la canallesca comedia.

Dijo el uno al otro, a grandes voces:

—¡Qué asco! Estos tíos cochinos ya podían irse a su casa a hacer estas cosas.

—Ya, ya. ¡Esto es un escándalo!

—Hombre, era cosa de llamar a un agente para que diera una lección a estos señoritos.

El coro, como en las tragedias griegas, vió llegado el momento de su intervención: los de fuera empezaron a gritar también:

—¿Qué pasa, tú?

—¡Ay qué ver!

—¡Llamad un guardia!

—¡Asquerosos!

El escándalo estaba armado; el caballero, con la bimba medio ladeada, salía a fuera, muy pálido y angustiado.

—Están ustedes equivocados. Ese hombre ha visto visiones.

Esteban, que desde el primer momento

se había maliciado algo, pero que no era capaz de creer que sus amigos se hubieran decidido a dar el golpe sin contar con él, salió por el otro lado, y encarándose con *el Rècortao,* le dijo:

—Pero, ¿qué haces?

El otro contestó con un guiño, que debió ser muy expresivo, por cuanto el mocito, desde aquel momento se echó a un lado y dejó solo a su cómplice que afrontase las iras del concurso.

Este gritaba cada vez más:

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Tío cochino!

—¡Que lo rapen!

El caballero intentó huir; pero se vió cercado. Y entonces, como si hasta última hora hubiese sido superflua su presencia, reapareció corriendo y como quien viene de muy lejos—había estado oculto tras un árbol próximo—atraído por las voces, el hombre de los bigotes, el Damián, que dos de

los chicos habían ido a buscar a la taberna.

Al verlo, uno de los del grupo dijo, procurando que la víctima lo oyese bien:

—¡Atiza! ¡El agente! ¡Ya escampa!

El recién llegado se abrió camino hasta el señor del sombrero de copa.

—¿Qué ha pasado, caballero, me hace usted el favor?

Pero antes que el preguntado pudiese contestar, uno de los mozalbetes que habían entrado en el urinario y llevado a cabo la sorpresa, tomó la palabra con gran vehemencia:

—Este sujeto que se ha creído sin duda que esto es una casa de citas, y estaba ahí dentro haciendo... jeroglíficos con este chico—. Y señaló a Esteban, que permaneció callado.

El acusado no pudo contenerse:

—¡Eso es mentira! ¡Es una infamia! Yo he entrado ahí a lo que se entra en esos sitios...

El falso agente, sin perder la calma, preguntó al que acusaba:

—¿Usted lo ha visto?

—¡Digo! Y éste, y aquél, y éste...

En un momento les puso a todos por testigos, y todos afirmaron muy convencidos.

—¡Qué han de ver, hombre, qué han de ver!—volvió a protestar el acusado.

—Perdone usted, caballero; pero soy agente de la autoridad y tengo que cumplir con mi deber. Y desde el momento en que todos estos señores afirman que...

Buscando el último resquicio de salvación el hombre volvió la cara en busca de Esteban. Le indignaba que no protestase como él, y, clavándole una mirada, en la que había mucho de reproche y no poco de petición de piedad, le dijo:

—Vamos, hable usted: ¿le he dirigido yo siquiera la palabra ahí dentro?

Hubo un silencio durante el cual todas

las miradas se clavaron en el rostro aniñado del muchacho. Al fin habló, entre risitas:

—Mire usted, señor, la verdad: ya que por esta vez hemos sido tan torpes que nos han pescado, no debemos decir tonterías. Otra vez nos taparemos mejor.

—¡Pero...!

—Pues claro, señor: no más pamplinas. ¿No está usted oyendo que nos han cogido con las manos en la masa?

El caballero, vencido, bajó la cabeza y dijo al de los bigotes:

—Haga usted lo quiera, pero conste que yo no he hecho nada.

—No lo dudo; pero usted comprenderá que yo no tengo más remedio que llevarlos a todos a la Comisaría, y allí se pondrá en claro lo que sea.

Y después de recomendar a todos silencio, con mucha energía añadió, cortés:

—Vamos por aquí caballero.

Como un sainete divinamente ensayado iba desenvolviéndose todo: al echar andar el grupo, fueron los mozos quedándose atrás poco a poco para que Damián y el detenido pudieran hablar con entera libertad. Y, en efecto, mucho antes de llegar a Neptuno ya se habían echado las bases de un arreglo decoroso, pues sabido es que en el mundo lo único que no lo tiene es la muerte.

Inició los *pourparlers* el propio interesado.

—Le advierto a usted que se trata por lo visto de una cosa urdida por todos esos sirvergüenzas para comprometerme.

—No diré que no, señor: los conozco muy bien. Pero fíjese en que son muchos para acusar y usted solo para defenderse; si me permite un consejo, de hombre a hombre, y de amigo a amigo, creo que no debe usted dar lugar a que lleguen a la Comisaría.

—¿Cómo?

—¡Bah! Es toda gentecilla que, por unas cuantas pesetas...

—Pero eso será un timo.

—Sí, señor; pero será peor lo otro: que vayan allí, que declaren, que mañana su nombre de usted salga en todos los periódicos...

—Bueno, bueno... ¿Cuánto cree usted que debo dar?

Habían llegado ya a la plaza de Neptuno. La mole luminosa del Palace se alzaba ante ellos como una amenaza más. Al día siguiente, en aquel edificio, reunión de toda la alta chismografía de Madrid, se comentaría la grotesca aventura nocturna del conde de Pampliega. Su nombre sería el estribillo de una serie de bromas y chistes sangrientos, que inundarían Madrid, desde el comedor del hotel Ritz, donde él era casi una indispensable figura decorativa, hasta los salones de la Cristina, la

afamada proxeneta de la calle de Ayala.

Había que matar aquello en flor.

—Usted me dice lo que he de dar, y usted mismo se entiende con ellos.

—¡Ah, eso no, señor! Comprenda mi situación delicada en este asunto; soy un agente de la autoridad, y no debo intervenir en cierta clase de... composturas. Yo le he dado a usted un consejo reservado, pero nada más.

—Bueno. Dígame cuánto, de una vez.

—Pues yo creo que conque dé a cada uno un billete de los chicos...

El grupo de los bujarrones les seguía de lejos, y se había detenido a distancia al ver que ellos también se detenían. Más lejos aún, sola en medio de las sombras, seguía a todos la Feli, aterrada y dolorida al ver lo que habían hecho con aquel señor tan bueno, que pagaba a duro lo que valía dos reales. Si la comparación no fuera irrespetuosa, diríamos que la mujer iba detrás del

socio de la bimba, como aquellas buenas mujeres de Jerusalem que caminaban detrás del cortejo deicida, en busca del Calvario. «No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos»—les había dicho el Divino Nazareno—. La Feli no podía llorar por sus hijos porque no los tenía: se habían ido a la cárcel con su marido, cual el honor del personaje dramático famoso.

—Mejor es que lo arregle usted con ellos mismos—añadió el tío de los bigotes; y antes de que el otro pudiera oponerse, hizo a los del grupo una seña para que se acercaran.

Fué una escena repugnante: como quien paga a sus proveedores una deuda sagrada; el conde fué repartiendo todo el dinero que llevaba en el bolsillo, entre aquellos bigardos, que habían vuelto a cercarle formando corro a su alrededor. Cuando ya no le quedaba nada que dar, fuéronse mar-

chando uno a uno, no sin saludar antes con un «buenas noches, señor conde», que era un inri bochornoso.

Quedaron solos Damián y el aristócrata.

—¿Vamos?—dijo aquél.

Maquinalmente echó a andar el acusado. De pronto, y ya en el centro de la plaza, se paró en seco y habló con una firmeza que, hasta entonces, no había mostrado:

—Bueno; pero, ¿es que va a seguir la cosa adelante?

—Considere que yo no tengo más remedio...

—¿De qué me va a servir entonces lo que le acabo de dar a esos canallas?

El tío miró a todos lados como para cerciorarse de que nadie les oía, y bajando mucho la voz habló misterioso:

—Yo creo que en la Comisaría lo podrá usted arreglar lo mismo.

—Y... ¿por qué no lo arreglamos aquí los dos?

Damián, que era un fresco de los incunables, siguió el cúmulo de mentiras que tan buenos resultados le iba dando.

—Fíjese en que contraigo una responsabilidad muy grande: yo no soy como esos que no tienen que dar cuenta a nadie; yo tengo mi cargo y me expongo a...

Rápidamente, como quien desea acabar pronto, el bueno de Pampliega se había desabrochado el abrigo y había arrancado del chaleco una finísima cadena de oro, que lo cruzaba de bolsillo a bolsillo; a uno de sus extremos había un portamonedas, también de oro, y al otro un encendedor. Soltó éste, lo guardó, y entregó todo lo demás a aquel facineroso.

—Tome usted: quiero que tenga un recuerdo más agradable del que yo tendré de la noche de hoy.

Se apresuró a cogerlo, pero aún se disponía a protestar:

—Señor conde, mire usted que...

—No hablemos más: como no quiera que me arranque estos dos dientes de oro y se los dé, no llevo encima más cosas de valor.

—¡Por Dios! No es eso.

—Bueno, y ahora adiós. Deseo que no nos volvamos a ver jamás en la vida.

—Para servirle, me encontrará usted siempre en todas partes. Y... si usted quiere... vamos, si el señor conde tiene... verdadera afición a estas aventuras, no es necesario que se moleste en bajar aquí por las noches: de día y muy de día, en cierta casa que yo le indicaré, encontrará un repertorio que...

—¡Déjeme en paz, hombre!

—Como usted quiera; pero si vuelve por aquí, al menos tómese el trabajo de disfrazarse. ¿A quién se le ocurre meterse en esta guarida de lobos con esa ropa? Usted no sabe el hambre que hace aquí por las noches.

* * *

Cuando Feliciana, aquella madrugada y caminito de casa, contó a la señá Gregoria la aventura del caballero de los dientes de oro, la buena mujer no pudo menos de indignarse.

—¡Canallas! ¡Granujas! Ves tú: las mujeres no somos capaces de hacer una cosa así. La culpa la tiene quien consiente a esos asquerosos trabajar por aquí; nos quitan la mitad de la parroquia... ¡Qué pronto lo arreglaba yo eso! Con nosotras todo lo que haga un hombre está bien; pero el que tenga la desgracia de que no le gusten las mujeres, que se vaya a casa de un buen cirujano y que se quite estorbos.

La noble dama, en su disculpable obcecación, creía que el acudir por las noches a buscarla a ella y a sus compañeras era dar pruebas de un gran temperamento mujeriego y candongo. Bien mirado, acaso fuese ello un crimen contra la naturaleza, tan es-

pantoso como el de los íncubos y súcubos del Salón del Prado.

¡Mujeres! ¿Es que podían llamarse así aquellas tristes piltrafas, aquellos escombros de un sexo indefinido que poblaban por las noches como sombras de una pesadilla, el barrio del Botánico? Si los mismos que, por enfermedad o por necesidad, acudían a buscar en ellas un derivativo a sus deseos, las viesen plenamente a la luz del día, bañadas por el sol, seguramente creerían haber estado locos para poder refocilarse con aquella carroña.

Viejas, sucias, astrosas, vestidas como para tomar parte en un concurso de destrozonas, eran la negación de la mujer, el antídoto del placer sexual; para encontrar algo que se les pareciese había que fijarse en los coros de señoras de algunos teatros, antes de que una sana revolución de limpieza los hiciera presentables, como ya son casi todos.

Sería ofender mucho a la mujer afirmar que aquéllas lo eran. Por Madrid corría una leyenda, bella como una balada, y cándida como un epitalamio: se decía que aquellos bultos que pasaban la noche envueltos en su mantón, en divagar peripatético desde la estación de Atocha a la Cibeles y a los que sólo faltaba la escoba para echar a volar en un aquelarre sabático, no eran, en efecto, mujeres, sino albañiles, braceros de la villa, poceros y otros trabajadores manuales que, buscando un suplemento al jornal diario—¡estaba todo tan caro!—se disfrazaban de señora y... luchaban por la vida a su manera.

La leyenda, probablemente, sería falsa, como casi todas las leyendas; pero ante aquellas caras bigotudas, aquellas voces aguardentosas y aquellas manos llenas de callos, que en vez de acariciar torturaban, el supuesto no resultaba un imposible metafísico.

La señá Gregoria, que había visto y tocado mucho en este mundo, no recordaba haber oído nunca el relato de una fechoría como la que acababan de cometer con aquel caballero.

—¡Qué escándalo! Acabarán por desacreditar esto, y no vendrá aquí nadie. Si queremos comer tendremos que ir a ofrecer nuestro trabajo a domicilio.

—¡Ya, ya!...

Iban por la glorieta de Atocha, y se les unió *la abuela*, que vivía al final de la calle del Amparo. Al enterarse de lo ocurrido, no fué tampoco pequeña la indignación de la decana guardadora de los prestigios y del historial del gremio.

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué gentuza! Si en mis tiempos hubieran hecho una cosa así...

Y con la afición a la anécdota que la caracterizaba, empezó una serie de relatos que eran algo así como *El libro de los ejemplos del oficio.*

—¡Y cuidao que han pasao algunas cosas! Si esos árboles pudieran hablar...

Una risita conejil indicó que lo que iba a contar era algo muy jocundo. Una noche, un sujeto no mal vestido y mejor plantado —de esto hacía ya lo menos diez años—, se había acercado a *la Pegotes*, a la célebre *Pegotes*, que había muerto en el hospital pocos meses antes.

—Pero en sala de pago, ¡no vayáis a creer!—añadió con su eterna manía de elegancias.

La interfecta, que era una artista en lo suyo, empezó su labor como si estuviera tocando un solo de arpa en un concierto de la Filarmónica; pasaban los minutos, y el sujeto pasivo no se conmovía; pasó un cuarto de hora, y el rosal del amor sin dar flores. Por lo visto, aquel hombre era un escéptico, al que no hubiera emocionado ni un discurso de Alcalá Zamora... De pronto, el socio de hielo dijo a *la Pegotes*,

que ya se iba cansando de tanto solo:

—Oye: espera un momento, que me llaman allá abajo unos amigos.

—Y partió, veloz, como si estuviera de purga.

Pero ¡oh, prodigio! El hombre sí, en efecto, se había marchado: iba ya a más de veinte metros; pero la mano de la mujer seguía reinando—¿no son los reyes los que empuñan el cetro?—como si nada hubiera ocurrido.

Era indudable que aquel hombre, al hacer mutis, se había dejado olvidado algo; y ¡por Baco que el olvido era de los imperdonables! ¡Dejarse atrás el periscopio, como pudiera dejarse el sombrero o el tacón de una bota! La mujer quiso llamarle, darle voces, haciéndole presente el olvido; pero el instinto la hizo acercarse a un farol que no muy lejos de allí lucía y mirar el recuerdo que, como prenda de un amor lejano, le habían dejado entre las manos.

—Y ¿qué diréis que era?—preguntó *la abuela*, gozándose en la curiosidad de su auditorio.

—Un alfiletero—dijo la Feli.

—No tan chico...

—Un paraguas—arriesgó la Gregoria.

—No estaba la noche para llover.

—¿Pues qué? ¿Pues qué?

—Un magnífico, espléndido y suculento pescuezo de gallina, con su cabeza ligeramente encrestada y con lo menos kilo y medio de carne.

Rieron las tres de muy buena gana.

—¡Vaya un tío!

—Sí que tenía gana de broma.

—La pobre se llevó un susto mayúsculo; pero al día siguiente, y para desquistarse, se hizo su buen cocidito con aquello, y le supo a gloria, porque hacía varios años que no lo comía.

—Miá si cayera todas las noches un tío de esos, ¡qué bien!

—¡Digo! El cocido crónico.

La abuela cambió el tono de la voz y hasta la expresión del rostro. Por lo visto, lo que iba a contar ahora, pertenecía al género necrópolis.

—Oid esto, que aún se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo.

Las dos mujeres se arrimaron a ella como para formar un bloque defensivo de peligros imaginarios. Habían entrado ya en el silencio y en la soledad de las Rondas, que se dilataban en el confín de la noche, como las fauces de un tigre gigantesco que hubiese cenado antracita. La vieja había escogido bien el escenario para su *raconto;* en el aire parecía haber presagios de sepelio y preparativos de desahucio.

Con voz de corneja fracasada empezó a referir la triste conseja. Era una noche de niebla, y allá por los altos de la calle de Alfonso XII, que entonces—hacía de esto muy cerca de veinte años— no era más

que un solar prolongado, hacía la guardia una muchacha recién llegada al oficio, fea como una espuerta de repollos, y con los dientes más negros que un túmulo. La noche se iba dando mal, y no había caído ni un parroquiano. A eso de las tres, y cuando la infeliz ya se había quedado tres veces dormida junto a la valla de uno de los solares, apareció un bulto por el centro de la calle, y empezó a hacer la rosca.

Venía envuelto hasta los ojos en una cosa que la chica no podía ver si era capa o manta, y fué acercándose poco a poco, como el fraile del primer acto de *Mefistófeles* se acerca al doctor Fausto para darle un sablazo sin fruto; se notaba que el hombre hacía esfuerzos por ver la cara de la que iba a ser su amor de unos segundos; nada logró, y, resignado, prestóse gustoso al masaje a que ella, con la frase de ritual, le había invitado.

Terminó felizmente la pequeña apoteó-

sis—perdón por la antinomia—y el hombre, que había quedado lo que se dice ébrio de satisfacción, fué a encender un cigarro antes de alejarse. Sacó el tabaco, echó mano a las cerillas, rascó dos en la caja y a la tercera se hizo la luz.

Con el fulgor de la llama coincidieron dos gritos espantosos que debieron oirse hasta en el Cerro de los Angeles:

—¡Mi madre!—dijo el galán.

—¡Mi padre!—chilló la dama.

Gregoria y Feli preguntaron a un tiempo:

—¿Qué había pasado?

—Pero... ¿no os lo figuráis? De aquellos dos gritos, el del hombre no era verdad; la muchacha no era su madre ni tenía edad para ello; dijo «¡mi madre!» como podía haber dicho «¡mi abuelo!» Pero la chica en cambio, no dijo ninguna tontería, porque el sujeto a quien acaba de... narcotizar, era en efecto, el autor de sus días.

Edipo en Colonna, Clitemnestra y *El*

Rey Lehar eran tres obras de García Alvarez al lado de la tragedia que *la abuela* acababa de reconstruir; yo no recuerdo, al menos, que ningún héroe de tragedia se haya visto nunca en situación parecida.

El auditorio quedó mudo un momento: al fin la curiosidad pudo más que el terror, y la Feli preguntó:

—Bueno, y... ¿qué pasó?

—¡Qué había de pasar! Que el padre echó a la hija una peluca tremenda por estar a aquellas horas en la calle, y terminó diciéndola: «¡Hacer tú... estas cosas! ¡Para que una noche te vea alguno de los vecinos de casa!»...

Tenía razón el buen hombre.

La abuela puso un epílogo al relato, gracias al cual quedaba a salvo la moral del argumento; ingenuamente, como quien pasa una esponja que todo lo borra en el encerado, dijo:

—Bueno; menos mal que yo estaba en

el secreto y sabía que la cosa no tenía ninguna malicia.

—¿Por qué?

—¡Bah! La chica era hija de una verdulera de la calle de la Ruda, más liviana que dos gallinas, y aquél, aunque era el marido de su madre, no era su padre; su padre era un empleado del Ayuntamiento que entraba a ver a la verdulera cuando el marido estaba en el Matadero, en donde era matarife.

—¡Ah, ya!

—Pues miá que si al empleado del Ayuntamiento se le ocurre pasar alguna noche por la calle de Alfonso XII y hacer changa con la chica—comentó la señá Gregoria, quc no era del todo lega en filosofía.

—Eso ya hubiera sido más grave.

* * *

Desde la noche de marras, el conde de Pampliega no había vuelto a pasar, ni de

día, por el Salón del Prado. Cuando tenía que ir al Ritz mandaba al *chauffeur* que subiese hasta la calle de Alfonso XII y bajase por la de la Lealtad; a la salida recorría a la inversa idéntico itinerario.

Ni por su figura, ni por sus modales, ni mucho menos por su conversación hubiera podido nadie colegir que Javier Pampliega fuese... hijo adoptivo de Sodoma, la pintoresca ciudad de la Pentápolis. En realidad era un invertido rebajado como ciertos vinos; le gustaban las mujeres más que el *ragout*, pero a veces la médula se le desviaba y sentía a su final ciertas inquietudes morales como las que sentía en el desierto el bueno de San Jerónimo.

No era un exclusivista, y gustaba de beber el placer en todas las copas, pareciéndole un poco raro que la vida actual, tan libre para otras cosas, mantuviese un criterio de rígida intransigencia en estas cuestiones... póstumas. Antaño era otra cosa;

recordaba la frase conocida que le aplicaban a Julio César sus compañeros de bachillerato: «Es el marido de todas las mujeres de Roma y la mujer de todos los maridos». ¡Qué demonio de Julito! Si hoy viviese el conquistador de las Galias tendría que ganarse la vida poniendo una academia de baile, que seguramente conocería el vulgo con el nombre de *la casa de la Julia*.

Pampliega veía muy claro que en la Historia había argumentos para todo, hasta para defender el incesto y el onanismo. Ahí estaba Onám, en cuya fuente todos hemos bebido alguna vez.

Todas estas reflexiones algo escolásticas se le iban ocurriendo a Pampliega mientras el auto, muy despacio—pues así se lo había él ordenado al *chauffeur*—, se deslizaba por el asfalto recién regado del paseo del Prado. Era la primera vez después de la noche triste en que se arriesgaba a pa-

sar por el desfiladero donde hubo para él tanto oprobio y tanto dolor. Pero ahora, visto así a la luz de una prima tarde de Marzo, ¡cuán distinto aspecto tenía!

Parecía otro sitio, otro paisaje, casi otro mundo. Lejos, tan lejos que parecía que nunca iban a volver las sombras de la noche y su cortejo de miseria, la riente explanada se presentaba como lo que era en realidad: como uno de los barrios más bellos del planeta. Para los que supieran paladear la belleza urbana sólo bastaba con aquel trozo limitado por Atocha y la Cibeles para redimir a Madrid de todas sus problemáticas fealdades, y elevarlo al rango de ciudad príncipe.

Una gran alameda, que en algunos trechos llegaba a tener hasta doce filas de árboles, se extendía con toda amplitud y sin ese ahogo que siempre parece tener la vegetación en el interior de las ciudades; y como las plantas y el agua parecen dos

hermanas que anhelan vivir juntas, de trecho en trecho surgía una fuente que era una bendición. La primera, la de la Cibeles —la manola que vuelve de los toros, como la llamó el poeta—, era, en su carro tirado por dos leones, la elegancia hecha piedra, con su generoso derroche de agua, que con los grandes fríos del invierno se solidificaba en caprichosos encajes de mármol. Viéndola se comprendía el rasgo de aquel loco famoso que un día saltó la verja para llegar hasta ella, porque quería darla un beso.

Dentro ya del Salón del Prado, la de las Cuatro Estaciones era la reina de todas, con su gracia sencilla de un simbolismo diáfano, su bello Apolo en lo alto y su triple tazón a cada lado; entre el Prado y el Botánico estaba la de Neptuno, el dios reumático como un viejo marino, que parecía estar siempre pronunciando su famoso *Quos ego*, sin dejar de mirar al palacio del Congreso con un certero instinto.

Fronteras las unas a las otras había cuatro en la glorieta del Botánico, donde abrevaban las caballerías con efectiva elegancia —la influencia del medio—y donde caían en otoño todas las hojas secas de los árboles vecinos que el viento arrastraba hasta allí desde muy lejos, como dándole al agua su necesario alimento.

Sirviendo de marco a ese cuadro de pletórico follaje, se veían a todo lo largo del paseo los más suntuosos edificios de la Corte. No había aspecto de la vida, no había ambición que no tuviese allí su templo o su palacio. El Arte, esa patraña que han inventado los hombres para idealizar un poco este asquito de vida, tenía allí su catedral, ese Museo del Prado, por el cual—y por los bisoñés de Eduardo Vincenti—nos conocen a los españoles en todo el mundo. El dinero tenía sus dos templos mayores: el Banco de España y la Bolsa, con su pórtico griego, tan gracioso y tan

solemne a un tiempo mismo. La Fe poseía, a dos pasos de allí, pero luciendo altivas las dos agujas de sus torres por encima de la explanada, el templo de los Jerónimos, ara santa donde se casan los Reyes y van a llorar sus culpas las pecadoras elegantes. La Literatura — ¡lagarto, lagarto!— alzaba los muros rojos de la Academia de la Lengua, areópago ilustre donde todos los jueves se reunía todo el artritismo y la gota de nuestras Letras para charlar literariamente de los chismes de la semana.

¿Qué más...? ¿La Elegancia? Allí estaba el hotel Ritz, con su aspecto de palacio del barrio de la Estrella parisiense. ¿El lujo bullicioso y un poco alocado de los *snobs*? Al frente estaba el Palace-Hotel como una gigantesca sucursal de Babilonia... mucho después de Salomón. ¿La Aristocracia? El palacio de Villahermosa la representaba con todo empaque, morada hasta hacía poco de una mujer de alma grande, que

acaso con sus generosidades evitase más de una vez a otra mujer muerta de hambre la caída en el fango que enlodaba todo aquello por las noches.

A última hora un símbolo iba a caer y otro se había levantado con suntuosidades casi absurdas. El palacio de Xifré, encarnación real del ensueño de un príncipe moro harto de alcuzcuz, se decía que iba a ser convertido en escombros por su nuevo propietario. En cambio, a la entrada del paseo, la nueva casa de Correos se alzaba como dominando a la ciudad toda, con sus trescientas estancias, con su derroche de piedra cual una catedral del medioevo, que, en las noches de luna tomaba fantásticas blancuras de sarcófago a la orilla de un mar muy azul.

Acaso en parte alguna del mundo se reuniese tanta grandeza en tan poco trecho; asustaba pensar la riqueza que allí había acumulada; los millones de los cuadros del

Museo, los otros, más efectivos y sonantes, que el Banco guardaba en sus sótanos con vigilancia de avaro: los que la locura del agio arrastraba todas las tardes en aquella Bolsa, serena y riente por fuera como un propileo, antesala por dentro de todos los manicomios de España, con su diario sembrar y recoger de tragedias.

El conde se fijaba ahora en la sonrisa de todo aquello: hacía buen tiempo, era jueves por la tarde, los chicos no tenían colegio, y parecía que todos los niños y niñas de Madrid habían acudido allí, a emborracharse de luz y de aire. Los hijos de los hombres, en bandadas innúmeras, ocupaban todo el centro del llamado Salón, como una nube de palomas que hubiese tomado tierra allí.

Su Majestad el Bebé, saltaba, corría, y sobre todo, chillaba con toda la fuerza de su boca pura; los pájaros de verdad, que ya anunciaban la primavera en gran canti-

dad en las copas de los árboles, parecían avergonzados, se declaraban vencidos en sus trinos ante el inmenso gorjeo de aquellos cuerpecitos alocados. Todo el espacio comprendido entre los dos macizos de plantas que festoneaban el paseo, era para ellos. Las amas y las niñeras encargadas de su custodia, ocupaban los bancos del paseo y charlaban entre sí en animadas tertulias, y los chicos, libres por un rato de su tutela, jugaban al corro, tiraban a lo alto el balón, saltaban a la cuerda, como en un anticipo del paraíso de los niños.

Viendo aquel espectáculo, que no se interrumpía en todo el trayecto del Salón, desde Neptuno a la Cibeles, el hombre más misógeno y maltusiano se sentía conmovido, y ardía en deseos de ser padre... fuese como fuese. Pampliega, a la vista de aquello sentía un profundo desprecio por sí mismo, se daba asco al recordar sus bajezas nocturnas, se compadecía también como un

enfermo, ante aquel himno a la salud y a la vida.

Y se indignaba contra lo brutal de la realidad, que hacía fuese el mismo el escenario de las hermosuras del día y de las miserias de la noche. ¿Por qué aquellas mujeres de horror goyesco, por qué aquellos mozalbetes del coleo voluptuoso, elegían un sitio tan hermoso, santificado a más por sus visitantes del día? Acaso fuera por el destino trágico de ciertos hermosísimos rostros de mujer, en los que se ceba la viruela o el lupus, con preferencia a tanta cara fea como hay por el mundo. Sería también el instinto de abyección que tiene el lodo para manchar el armiño, como en desquite de su bajeza.

¡El Prado de los Jerónimos! En la historia galante y de amor tenía una de las páginas más brillantes: a él bajaban las cortesanas de los Felipes, y más tarde las de Carlos IV, a entenderse con sus cortejos,

que unas veces eran galanes del séquito real y otras majos de trueno del Avapiés y del Cerrillo—. Pedro de Répide y Diego San José podrían contarnos de esto, con la magia sublime de su estilo, cosas muy sabrosas, de las que yo no sé ni palabra.

Parecía, pues, ser la tradición del paraje: alcoba de amor al aire libre; antaño del amor elegante, hogaño del amor bajo y podrido; pero todo era amor, porque todo era espasmo.

El automóvil, de vuelta ya, pasaba por frente al monumento del Dos de Mayo. Hasta entonces el conde no se había fijado en él; la fronda parecía ahogarlo, tapando por algunos sitios hasta su reja, y entre un mar de verdura, que ni aun en el invierno se secaba, salía la gran columna de piedra, que un pueblo de mártires había alzado allí para hacer perpetuo el heroismo. Y mirándola, contemplándola ahora a la melancolía del crepúsculo, que ya se iniciaba, Javier

Pampliega, medio en serio, medio en broma, comenzó a explicarse el extraño destino del paraje.

Porque aquella mole que, recta y terminada en punta, se alzaba hasta el cielo, era un falo, un gigantesco falo, que amenazaba al firmamento con una violación monstruosa, y que hubiera hecho las delicias de la solterona más exigente y más apasionada de la cuarta dimensión.

No era un mal pensamiento, no era malicia de la vista: allí estaba con su remate perforador, como el fetiche de un culto amoroso. A sus pies quedaba todo: el Arte del Museo, los millones del Banco, la elegancia del Ritz, la sangre azul del palacio de Villahermosa. Era un símbolo, y de los más diáfanos; porque en el mundo, en la realidad diaria de nuestra vida, ¿no era acaso verdad que ese periscopio, obra maligna de la Naturaleza, lo dominaba todo? Aunque cuatro necios lo nieguen, ¿no es él el resorte de

todos los actos, el motor de todas las maldades y de casi todas las buenas acciones?

Aquí, en el Prado, para mayor sarcasmo, lo habían colocado en el sitio de honor: en el centro del paseo. Una vez al año, el segundo día de Mayo, una comitiva oficial se agrupaba a su pie, y un sacerdote decía una misa en el altar de su basamento. Entonces el culto fálico tomaba forma tangible: pero no bastaban las preces de la Fe para purificar aquello: en la noche del mismo día tornaban rameras y bujarrones a merodear por sus contornos, estableciendo a su cobijo las tiendas del mercado de sus gracias. Les atraía el colosal estilete de piedra, la deidad maga del paseo, para acariciar la cual hubieran hecho falta unas manazas de gigante.

Y él, enhiesto y orgulloso, reinaba en la ciudad toda, que no era más que un pequeño mundo.

* * *

La Estrella llevaba unos días de murria indecible. El oficio aquel iba de mal en peor, y por lo visto, llegaría a desaparecer en plazo breve. ¿Tendría también la guerra la culpa de la visible decadencia de la profesión? Se les había escapado, para no volver más, el filón del conde de Pampliega, que para ellos hubiera podido constituir la base indudable de un porvenir decoroso; pero, después de la escenita trágico-grotesca de la noche de marras, no había que pensar en ello.

La verdad que el muchacho se acusaba a sí mismo de gran torpeza para ganarse la vida con aquello: ignoraba en absoluto el arte de aprovechar las ocasiones, que en esto y en todo es la suprema ciencia de la vida. A pesar de la fama de vivo que tenía en el gremio, y de la alta categoría que ocupaba en él, lo cierto es que se consideraba un infeliz que no servía para el caso, como un cómico que nota que un papel no le va.

En esta noche, después de una hora de inútil divagar desde la casa de Correos al Museo, tuvo ocasión de desahogar su corazón ampliamente: en punto de las doce, y cuando cruzaba el paseo para ir a sentarse solo con sus melancolías en uno de los bancos del jardín central, se encontró de manos a boca con *el Patriarca*, que le saludó con su frase de siempre:

—¿Por qué no eres bueno, *Estrella*? ¡Hay que ser bueno!

Era un tipo original: viejo, con barbas blancas que le llegaban hasta el ombligo, alto y seco como un minarete, recorría casi a diario todas las frondas del Botánico, ejerciendo su apostolado. Porque no era un caprichoso ni un corrompido; era un apóstol. Entre la parroquia de ambos sexos del barrio era más popular que la fuente de Neptuno, y todos le tenían por loco, con esa facilidad que tiene la gente para diputar mochales al que no vive ni piensa como ella.

Verlo de noche, triscando por entre la arboleda, con la barba que la luna plateaba a veces, era revivir un cuadro de la vieja Hélade, con sus bosques de mirto y laurel, poblados de faunos y sátiros, que tocaban la flauta detrás de las ninfas bulliciosas. Nadie sabía de qué vivía; mas lo cierto es que iba vestido con decencia: sombrero blando redondo, largo abrigo café con leche que no se quitaba ni en Agosto, y unas diminutas botas puntiagudas, como las pezuñas de los sátiros violadores.

Su manía era conducir al buen camino a todas aquellas ovejas—y borregos—descarriadas. Conocía por el nombre o por el mote a todas y a todos, y no cesaba de predicarles lo conveniente que les sería abandonar aquella vida, que él, en un alarde de fantasía, llamaba de disipación y de crápula, e ingresar en la senda de la virtud que, según su frase, *también tiene sus rosales floridos.*

Casi siempre terminaba el sermón echan-

do mano a uno de los bolsillos del gabán y repartiendo tres o cuatro perras gordas entre el auditorio. Gracias a esto, su popularidad era inmensa, y nunca faltaba gente que escuchase sus piezas oratorias, que si no eran precisamente como las mejores de Bossuet, tampoco estaban exentas de cierta euritmia y robustez clásica. Y como la realidad tiene sus exigencias, acaecía a lo mejor que al final de uno de esos alardes de elocuencia, el viejo apóstol se alejaba con una de las Magdalenas a quienes quería redimir, se perdían los dos entre sombras, o se cobijaban bajo uno de los castaños que rodeaban la estatua de Murillo, y allí *el Patriarca* era un parroquiano más, que por sus años, hacía un poco más complicada la manual labor de la catecúmena, hasta lograr que el árbol diera frutos.

Es lo que él contestaba cuando alguien, por oirle, le echaba en cara estas pequeñas claudicaciones:

—He querido demostrar de un modo práctico a esa infeliz lo repugnante de su oficio... Después de cada cosa de éstas, yo salgo más convencido y con más fuerzas para continuar mi evangelización.

La Estrella esta noche no le oyó como le oía siempre, es decir, como quien oye una pianola; se espontaneó con él y, cogiéndolo de un brazo, lo llevó a un banco y lo sentó a su lado.

—¡Que sea bueno!... No crea usted, que a la fuerza voy a tener que serlo; esto está cada vez peor, y yo hay noches que no saco ni para el desayuno... Y soy de los que más ganan en el ramo.

—Es que está todo muy malo.

—Ya, ya... Y el caso es que por ahí cada vez hay más gente que presume de ser... lo que no es.

—¿Cómo es eso?

—Quiero decir que hay muchos que se las dan de feministas hasta en los periódi-

cos y van por la calle meneando los riñones y con pulseras, y luego, cuando llega la hora de la verdad, no cae ni uno!

—Será por darse importancia.

—¡Tanto hablar de que si en Madrid hay mucho marizángano y de que si la mitad de los que no lo parecen también lo son! ¿Dónde están? Porque yo no los veo por ninguna parte.

—Pero hombre: ¿y para qué los buscas?... No concibo que haya hombres que disfruten con... eso.

—¡Disfrutar!

—Habiendo como hay en el mundo mujeres tan hermosas.

—¡Vaya si las hay!

—¿A ti es que no te gustan las mujeres?

—¡¡Más que las chuletas de Barrionuevo!!

—¿Qué me dices, *Estrella*?

—La verdad pura: yo, ante una mujer guapa, me congestiono.

—¿Pero es de veras?

—¡Vamos, hombre!

—Me dejas absorto...

—¿Pero usted qué se ha creído? Póngame a prueba cuando quiera. Y le voy a decir más, porque usted es un hombre bueno y que no abusa de lo que se le dice: yo he tenido noches de ganarme aquí, y con muy poco trabajo, hasta dos y tres duros.

—¡Qué horror!

—Eran otros tiempos; los hombres, por lo visto, eran menos cobardes que ahora. Bueno; pues en cuanto tenía ocho o diez durillos ahorrados, ¿sabe usted en qué me los gastaba?

—¡Qué sé yo!... En baños de asiento no sería...

—No es por ahí.

—¿Pues por dónde?

—Me iba a casa de la Maripepa, en la calle de San Marcos, y me ponía de señoras que me tenían que sacar en un volque-

te al día siguiente. ¡Tengo yo retozao más en aquella casa!

—Y... ¿allí también te llaman *la Estrella?*

—Allí me conoce todo el mundo por un mote algo más largo.

—¿Cuál es?

—Una futesa: *El mortero de cuarenta y dos.*

—¡Repínfano!

—Sí, porque dicen que en una hora hago yo más destrozos que otros en un año.

—¡Qué hermosura! Eres un fenómeno.

—Era... señor *Patriarca,* era...

—¿Cómo que eras?

—Porque hace ya tres meses que no parezco por allí. No tengo un cuarto; no se gana una peseta. Voy a tener que agarrarme a un oficio para no morirme de hambre.

—Que es lo que yo os vengo predicando a todos hace tanto tiempo. ¡Trabajad! El trabajo y la virtud: no hay otro camino. Sólo el pan que así se gana es el que sabe bien.

—¡Vamos, señor, no me diga usted eso! Que cuando yo ganaba dinero aquí por las noches, haciendo... lo mío, tenía al día siguiente un apetito y comía con un gusto que no tengo ahora.

—¿Y tus amigos? Hace ya varias noches que no los veo por aquí.

—Y cada día los verá usted menos; como que casi no vienen. ¡Para qué! No cae un marrajo ni de las nubes...

Era otra leyenda que moría: las noches famosas del Dos de Mayo, con sus retozos de marioneta y sus escenas de un *Quo vadis?* de película llevaban camino de pasar a la Historia, como pasaron hace tiempo las del Cerámico de Atenas. A estas últimas la literatura y el paso de los siglos las daban un prestigio que acaso nunca tuvieron; tal vez las cortesanas griegas que recitaban a Homero mientras se purificaban en el bidet—¡perdón maestro Cavia!—y paseaban de noche por entre las

estelas funerarias del melancólico jardín no fueran más que unas pobres zarrapastrosas como estas de ahora, con los dientes negros y los vientres hinchados. Y los efebos del gimnasio de Asclepios quizá no fuesen más que unos organilleros de entonces, coronados de laurel en vez de llevar tufos. Todo moría, y el mundo se renovaba bajo la mirada impasible de los astros.

El Patriarca, que veía esto muy palpable en las palabras de su joven interlocutor, quiso alzar una protesta romántica que por un momento contradecía todas sus predicaciones.

—¿De modo que esto se muere por falta de parroquia?

—¡A ver...!

—Pero hombre, ¿y la afición?

—¡La afición...! Pero, ¿usted cree en eso? Mercantilismo y nada más que mercantilismo, como dice el portero de mi casa; hoy todo se ha mercantilizado, y estamos unos

cuantos que hemos mercantilizado nuestro... hemisferio. No vaya usted a creer que soy yo solo. De los que venían antes por aquí, *la Ricitos,* ese rubio que lleva el pelo por la frente, vive con una mujer, y tiene con ella dos hijos... ¡Y que son suyos, eh! No vaya usted a creer que los ha tenido por hipnotismo.

—¡Pero es... ultratelúrico!

—*El Vidalito,* ese alto que cojea un poco del izquierdo...

—Ya, ya...

—Pues ese se dedicó a esto cuando dejaron de alimentarlo las señoras, porque decían que con sus caricias las dejaba a todas bronconeumónicas en quince días.

—Es decir, que llegó a estas playas de arribada forzosa.

—¡A ver qué purga!

—Me estás descubriendo un mundo.

—Pues más grave es lo de Julio, *la Tanguito.*

—Habla, hijo mío, habla, que ya ni en la paz de los sepulcros creo.

—Ese tiene una maña especial para torear a la parroquia, y cuando cae uno, al que le conoce en la cara que está verdaderamente interesado, le pone como condición que han de irse los dos a una casa de señoras que hay ahí en la calle de San José, donde él tiene la querida. Llama a ésta, hacen el enchufe, y el otro, en el terreno que queda libre, puede operar a su antojo, siempre que no descomponga el cuadro.

—¡Y por mi vida, que será un cuadro digno de Andrea del Sarto!

—De Andrea, no sé; pero algo de *sarto* sí que hay, ya lo creo.

—De modo que ¿esto se va?

—Sí, señor, sí; yo, al menos pienso dejarlo muy pronto. En cuanto me salga un empleo de cuatro pesetas diarias, me la corto. Es mucho el frío que se pasa aquí.

Por un momento fué egoísta *el Patriarca.* Ante el cuadro negro que *la Estrella* pintaba para el porvenir, él pensó en su propia derrota. ¡Qué vida esta! Todo se acababa: los hombres se iban volviendo tan escépticos, que ya no se molestaban ni en inscribirse como vecinos en el censo de Sodoma. Y tras eso vendría la desaparición paulatina de las sacerdotisas del Botánico, y el día que esto llegase, él, *el Patriarca,* ¿en qué iba a entretener sus ocios por las noches? ¿Es que se iban a acabar para siempre sus correrías de fauno predicador, arreboladas unas veces por la luna y envueltas otras por la niebla invernal, como en las gasas de una apoteosis?

Cual el novio del cuento, que no se casaba porque, dejando de hablar con la novia, no iba a saber qué hacerse de cinco a siete todos los días, el viejo *Patriarca* deseaba ahora que sus predicaciones no tuvieran fruto, que ni una sola de aquellas

mujeres ni de aquellos amables jovencitos se convirtieran, porque si se encaminaban por la senda del bien, aunque fuera a la fuerza, él iba a tener que hacerse de la claque de algún teatro, ¡a sus años!, para pasar la velada de un modo decoroso.

Desde aquella noche, sus sermones empezaron a ser más tibios, y en cambio, aumentó la frecuencia de sus cursos prácticos al pie de la estatua de Murillo. Sin embargo, en esta noche, llevado por la fuerza de la costumbre, prometió a *la Estrella* que él mismo se encargaría de buscarle aquel empleo de las cuatro pesetas, para que dejase de una vez la vida de orgía en que estaba sumido.

Hablando de ello estaban, cuando apareció en el paseo uno de los parroquianos del mancebo; era de los más dadivosos, y *la Estrella* casi dejó con la palabra en la boca al anciano, para correr en busca del recién venido.

—Perdone usted, abuelo; pero voy a ver si me saco para un par de botas.

—Pero, hijo mío, ¿ese es el efecto que te hacen mis consejos?

—No, no; si lo del empleo me parece muy bien; pero mientras usted me lo busca, yo voy a que no se me escape esta liebre.

Y no se le escapó: al poco se perdían los dos por detrás de la fuente de Apolo. *El Patriarca*, mirando no más a su egoísmo, exclamó, como si hablase en voz alta con su conciencia:

—¡Bah! Mientras quede la afición...

* * *

Todo júbilo era en el día de hoy la casa de la calle de Moratines; la señá Gregoria celebraba sus bodas de oro con el inmueble, y los vecinos habían querido conmemorar la efeméride echando la casa por la ventana, con inquilinos y todo.

El señor Melchor, el papelista del bajo, se había encargado del adorno del patio, un espacio cuadrado, hondo y húmedo que en los días de lluvia parecía una tinaja. Hoy había quedado que parecía talmente un reservado de Versalles: cadenas de papel de color lo cruzaban en todas direcciones, y unas banderolas en forma de piezas de bacalao adornaban los muros, tapando de paso la mugre y la cochambre.

En el centro se había dispuesto la mesa para el banquete. Porque iba a haber banquete, como en Palacio los días de gala. Un tablero más largo que la anchura del local —tanto que había habido que meterlo en él a martillazos—ocupaba el testero del fondo, colocado sobre unos catres de tijera, y a las diez de la mañana ya estaba puesta la mesa para la comida, que había de celebrarse a las dos de la tarde. Procedente del cuarto piso izquierda, pasillo B, letra Q, bajaba al patio un olor de grasa espeso y ca-

liente que no era más que el anticipo de una enorme perola de callos que la Martina, las mejores manos de la casa—el lector y yo sabemos que las mejores manos de la casa eran otras—se había encargado de construir.

La garata iba a ser de las de órdago a la grande: tras el banquete habría música; ya estaba allí, en el pasillo que comunicaba el patio con la portería, el magnífico piano de manubrio, traído del almacén de Mesón de Paredes por Balbino, el pianista que vivía en uno de los cuartos interiores.

Y por si el artefacto era poca cosa y a la mitad del programa se le fatigaba el mecanismo, Melecio, el barrendero que vivía en el segundo exterior centro, estaba desde las cinco de la mañana afinando su acordeón, un prestigioso instrumento contemporáneo de O'Donell, que, según se decía, había estado en las barricadas de Antón Martín cuando *la Gloriosa*, tocando el

Himno de Riego treinta y seis horas seguidas...

Ahora el pobre estaba algo cansado, y por eso el afinarlo no dejaba de ser una proeza: también desde el patio, y mezcladas con el aroma de los callos, se percibían sus lamentaciones, sus quejas melancólicas como balidos de cordero lechal o como ayes lánguidos de un viejo reumático al que se le obligase a hacer gimnasia sueca.

De su dueño, como tañedor, se contaban verdaderas proezas. Era el Ramón y Cajal del acordeón, pues con los dedos en las notas y los puños en función para estirar y encòger el mágico fuelle, transportaba al auditorio al séptimo cielo sin cobrarles nada por el viaje. Se decía que en una ocasión llamaron a su puerta unos acreedores que venían con el propósito de cobrarle una deuda de veinticinco pesetas y con el bastón más gordo que cada uno tenía en su bastonera respectiva. Balbino les olió

por debajo de la puerta, agarró el chisme, lo pulsó y empezó a desgranar en el aire las notas de amaranto de la *Suite polonesa,* del maestro *Chiquito de Begoña.* Fué un caso de sugestión; los bastones cayeron de las manos de los vampiros, las lágrimas asomaron a sus ojos y... al final de la pieza echaron a Balbino dos duros por debajo de la puerta, como leve testimonio de unas almas agradecidas.

Se contaba que llegaba a curar hasta las neuralgias más pertinaces con sólo preludiar *el dúo de los paraguas,* y se añadía que una noche ayudó a dar a luz a una primeriza, a la que el chico le salía atravesado, tocando como los ángeles la serenata del *Don Juan,* de Mozart.

Calcúlese lo que un numerito así representaba de aliciente y de porvenir en el programa de festejos de las áureas bodas de la señá Gregoria. Bueno; pues aun así, no era ese, ni mucho menos, el número salien-

te, el *clou* de la fiesta. Había algo más: una cosa en la que se juntaba lo poético con lo práctico, lo útil con lo sentimental. Y este algo era el besamanos.

A la caída de la tarde, la festejada, colocada en un a modo de trono en el centro del patio, iría recibiendo el homenaje de todos y cada uno de los vecinos, como ofrenda delicada a cincuenta años de virtud y de honradez; y ella, a su vez, queriendo que de la fecha memorable quedase algo más que el recuerdo romántico, entregaría a cada uno de los que desfilasen ante el solio una moneda de a peseta completamente auténtica y procurando que—como los árboles en Diciembre—no tuviese hoja. En la casa eran doscientos treinta y dos los vecinos nada más; de manera que con doscientas treinta y dos *felicianas* quedaba la buena mujer muchísimo mejor que Rafael *el Gallo* en la famosa corrida de Irún.

A las once de la mañana, Gregoria, ayu-

dada por la Feli, daba ante el espejo de su tocador los últimos porrazos a su *toilette;* estrenaba aquel día un traje negro-hullacina, con rameados al tornasol, que era una joya digna de una vitrina. Dos horas antes se había puesto en manos de la Natalia, la mejor peinadora del barrio, y su cabeza, con los reflejos plateados cada día más vivos, era un relieve alicatado de los que abundan en la Alhambra, y que hacen caer de rodillas a los ingleses que van de turistas a la ciudad del Darro. Como una corona de tres pisos que un pueblo entero hubiese ceñido a las sienes de su libertador, la cimera de cabellos de la señá Gregoria, muy impregnada en bandolina, era el coronamiento de toda una vida de honradez y austeridad.

Se miró al espejo y se encontró hasta guapa, con esa belleza de los edificios viejos a los que una mano piadosa ha dado un revoco. Sacó del fondo del baul de piel que

tenía bajo la cama un calabrote de oralina, y se dió con él tres vueltas al cuello, y aún sobró material para un buen trozo que colgaba hasta la parte baja del vientre. Dos pendientes, de los llamados de calabaza, quedaron colocados en sus orejas, y un abanico, con gigantesco gato dibujado en el paisaje, hacía en sus manos las veces de cetro imperial.

Tampoco la Feli estaba como para tirarla; correspondiéndole en la fiesta el papel de Corte de Amor, cual esas partiquinas que salen siempre en las óperas acompañando a la tiple con un pañuelo indefectiblemente en la mano, la señá Gregoria había querido que se presentase con decoro, aunque no con tal brillo que oscureciese el propio de su persona. Días antes, ella misma le había elegido en un comercio de la calle de Toledo la tela para un traje, de cuya confección se había encargado Pilar, la modista del entresuelo, que si no era

precisamente madame Reffren, sabía apañar unos volantes con más gracia que un puchero en sazón.

La tela era, lo que en términos cosmopolitas se llamaría una *trouvaille;* sobre fondo amarillo-panizo había unos árboles rojos y morados, y unas casas japonesas pintadas de ocre, sobre las cuales triunfaba un cielo azul-paraguas, que producía abortos. El arco iris al lado de aquello era una herradura incolora, y si en el cuerpo de la Feli no acababa de completar la figura, sirviendo de tela a unas butacas, hubiera sido un acierto de los que acreditan a un tapicero.

La misma Natalia se había encargado de hacer a la Feli una cabeza; ésta no recordaba haberse peinado con esmero desde el día en que hizo la primera Comunión, y al verse al espejo, ya terminada la obra, dudó por un momento si aquella Tanagra que tenía delante era ella o una parienta suya a

la que le hubiese tocado la lotería y se le hubiese subido todo el dinero a la cabeza.

Claro que la señá Gregoria, que no era tonta, encargó mucho a la *coiffeuse* que el peinado de su amiga no fuese tan avasallador como el suyo, y así, la testa de la Feli al lado de la de su protectora era como un side-cars al lado de un soberbio Packard 12 cilindros: no estaba mal, pero resultaba apabullado.

Feliciana era una mujer fea: hasta ahora no se lo hemos dicho al lector, porque siempre procuramos ahorrarle en lo posible las malas impresiones. De ordinario era fea; en el día de hoy, peinada a lo madame Recamier y embutida en aquella especie de funda de sofá, era el alcaloide de la fealdad, y habría sido capaz de darle un susto al callejón de Tudescos, que es el sitio urbano más feo del planeta.

Cuando en punto de las dos presentáronse en el patio de la casa ambas mujeres,

estalló una ovación que parecía el derrumbamiento de una fábrica de platos; Balbino tocaba al manubrio la marcha real, y el acordeón del divino Melecio dejó que se fugaran de su vientre las notas de una gallegada. Claro que ambas tocatas fueron inútiles: una y otra eran como predicar en el desierto, pues el tumulto de los vivas y de las aclamaciones no dejaba oir los eruptos de Orfeo.

El patio hervía de gente: tan pequeño, tan reducido, se había metido en él toda la casa, como van a veces treinta viajeros en la plataforma de un tranvía, demostrando de un modo palpable que la geometría es un mito.

¡Toda la casa! Allí estaba doña Práxedes, la pensionista del primero, con sus dos sobrinas, Adela y Priora, dos repollos solterones a los que ningún hombre se atrevía a meter el diente, ni otras cosas de más cuerpo: eran las vecinas más aristocráticas

de la casa, aunque, según decía la portera, las más de las noches se metían en la cama sin que en su estómago hubiese entrado más cuerpo duro que los microbios del agua de Lozoya. Allí don Juan, el hombre de vida misteriosa, el solitario que nadie sabía de qué y cómo vivía, por lo cual cada uno le inventaba un medio, y así, unos decían que era un jesuíta vestido de paisano, otros que había sido en su juventud de la orquesta del Real, y que ahora comía de lo que había soplado entonces; no faltando quien le creyese brujo, que, por sus tratos con el demonio, se alimentaba sólo con bicarbonato y brecoleras. Desde luego, era uno de esos seres predestinados a amanecer un día muertos a mano airada, debajo de un colchón de su propio lecho, y con la boca amordazada para que nunca pudieran decir quién les había matado.

¿Cómo iba a faltar a la orgía el matrimonio-colección, según le llamaban todos en

la casa? El era encargado de una fábrica de curtidos del barrio del Matadero, y ella cosía para afuera en ropa blanca, y en paños menores—. Rogamos al lector que acoja la frase en su sentido recto.

El mote con que la casa entera les había bautizado, no podía ser más lógico: llevaban ocho años casados, y tenían catorce hijos, siendo una de esas parejas en las que no es sola la mujer la que da a luz, sino, por lo visto, también el marido, pues de otro modo no se explica una tal progenie de corral. Cuando los chicos del curtidor salían de su cuarto para ir a la escuela, o marcharse a corretear a la calle, parecía que la casa entera iba a hundirse en un terremoto milenario: los vecinos de abajo experimentaban por unos momentos la sensación de hallarse aguantando el estreno de mi obra *La Danza de los Macabeos*, debajo del patio de butacas del teatro. Hoy la madre, previsora, los había aleccionado—a

los chicos, no a los *Macabeos*—y además había forrado de hule los amplios bolsillitos de los baberos; ellos se encargarían de hacer la recolección en la mesa, y, con lo que luego llevasen a casa, sería en ésta un camelo, el problema de las subsistencias durante el próximo cuatrimestre.

Paco *el Bergamota,* croupier él de una timba perrera de la plaza del Rastro, castizo y chulapón él, licenciado de presidio por lesiones él y arrimado él a *ella,* que era Margarita *la Ensaimada,* camarera del café de la Encomienda, ocupaba entre la masa de invitados el sitio más distinguido, en unión de su apéndice femenil, y decimos el sitio más distinguido, porque había caído de pie encima del orificio que en el centro del patio hacía de sumidero, vulgo boca de alcantarilla. Donde Paco estaba podía decirse que estaba un pedazo de Madrid, pues con su modo de hablar, recortado al cero, su fachenda y su amor a lo fetel, represen-

taba a la villa del oso y el madroño bastante mejor que sus diputados a Cortes. Su manía era el orden, la ecuanimidad, el balanceo del espíritu dentro de la más hierática de las actitudes, pues como decía cada dos minutos, con frase que debía haberla aprendido en el anfiteatro principal de Novedades, «la voluptuosidad no está nunca reñida con el aire de gavota...—¡digo yo!...»— Ahora quería, una vez más, llevar a la práctica su programa, y había empezado a dar grandes voces para imponer silencio a los aclamantes:

—¡A ver, hombre! Si habrá tiempo para todo... Vamos ahora a lo nuestro, que son los callos, y a los postres estará indicado el más efusivo de los homenajes.

No era cosa mayor el caso que le hacían, y la algazara continuaba, como si a aquella gente le interesase más expansionar su espíritu que llenar el estómago ampliamente.

Las hermanas Ramiras, la Carmen y su

hijo Ramón, sacristán de la iglesia de las Cambroneras, don Ignacio, el usurero del sotabanco, que hacía préstamos a los vecinos desde seis reales para abajo, y luego los cobraba armado con un chuzo de doble presión; Fabián el talabartero, Julio *el Brioche*... todos, todos estaban allí, armando una gritería de dos mil demonios. Pero el lector recordará que los vecinos de la casa de Moratines eran doscientos y pico, y si nos entretenemos en írselos presentando uno por uno, este relato se hará más largo que Bonafé, y cuando lleguemos a los callos nos los vamos a encontrar completamente fosilizados.

Cansáronse las gargantas de gritar, y alguien con bendita oportunidad, dijo la frase de los invitados del conde de Nevers, en el primer acto de *Hugonotes:*

—¡A la mesa, o va a haber bronca!

No fué empresa fácil la de colocar a cada bestia ante su pesebre, aunque los organi-

zadores del acto—la portera y el curtidor de los catorce hijos—habían tenido buen cuidado de poner sobre cada plato un papelito con el patronímico o el mote de cada comensal, el momento de acercarse a la mesa fué algo muy parecido a la toma de Tolón por los ingleses en la guerras de la Revolución.

Hemos dicho antes que el tablero que hacía de mesa, por ser más largo que la parte más ancha del patio, había tenido que ser colocado en éste poco menos que con forceps. Una vez puesto, el local quedaba dividido en dos partes: una grande, amplia, y otra, la que quedaba entre la mesa y la pared, lo suficiente no más para que los comensales que habían de acomodarse en aquella banda de babor pudiesen aposentar sus cuerpos. Mas el problema era de los de cálculo infinitesimal; ¿cómo pasaban hasta sus puestos, si entre los extremos de la mesa y las paredes del patio no había

quedado ni lo que tienen de vida las rosas: el espacio de una mañana?

Los que estaban a este lado de la barricada no tenían más que llegar y sentarse; pero, ¿y los que, como Briand, estaban al otro lado...? Como ocurre casi siempre en estos casos, el conflicto lo resolvió cada uno con arreglo a su ingenio y a la propia individual iniciativa, y así unos, los más, se metieron por debajo de la mesa, cruzando el obstáculo en aquella especie de metropolitano parisiense; otros se la saltaron bonitamente a la torera, por encima, no sin contusionar con los pies algún vaso o tal cual frasco de morapio. Y hubo uno, Paco *el Bergamota,* que, más original que los otros, y queriendo aplicar también a esto su teoría del orden en la voluptuosidad, salió del patio, subió a su cuarto, una de cuyas ventanas caía precisamente encima del sitio que en la mcsa se le había señalado, y con ayuda de una soga, dejóse

descolgar pausadamente, con elegancia, como quien sabe que hasta que él no llegue no se empieza el melón. Ganóse una ovación, y hay que convenir en que fué muy merecida, pues jamás invitado alguno acudió a una invitación de un modo tan ático.

La señá Gregoria, como ocupante del puesto de honor, tenía que dar también el salto de la trucha; pero, de pronto, cinco o seis brazos robustos la tomaron en vilo, la alzaron por encima de la tabla, y la depositaron al otro lado. Uno de ellos, el usurero, decía a los compañeros de hazaña, una vez llevada a cabo ésta:

—Parece mentira, pero aún está dura la cincuentona.

Ya ésta había desenvuelto la servilleta y, con uno de sus picos se limpiaba una lágrima que comenzaba a deslizarse por el tobogán de sus mejillas.

Para servir el condumio se había contra-

tado a la gente joven de una tribu gitana que llevaba un mes acampada en uno de los arcos del puente de Toledo: muchachos y muchachas, tostados y con el pelo embetunado y de mirar tan ardiente, que cuando se acercaban a un comensal para servirle un cuchillo, parecía que iban a darle una puñalada en uno de los vacíos.

Diez barreños de cinc—en algunos de los cuales se había ablucionado los pies más de una vez la propia señá Gregoria—hicieron su penetración en el patio, llenos de callos con chorizos hasta más arriba de las asas. Hubo otra ovación, acaso más cariñosa que la que antes se había hecho a la festejada, y comenzó el reparto del *menú*.

Gregoria tomó una cucharada, y antes de llevársela a la boca, se alzó con ella y dijo sobriamente:

—A la salud de todos los presentes.

—¡Bravo!

—¡Tu madre!

—¡Es muy castiza!

—¡Mucho...! ¡Muchísimo!

Esto último no se supo si era un epifonema o una invitación a uno de los gitanos, pues lo dijo la curtidora en el momento en que el servidor le servía su ración.

Un plato de callos, ¡lector amigo!, es siempre un enigma. El alimento, de por sí, ya es una cosa coriácea, pero es que a veces el tenedor se muestra rebelde a hacer presa en uno de los ingredientes, y, si se comen con cuchara, es la dentadura del comensal la que suele tener un choque con algo más fuerte que su voluntad. Yo puedo asegurarte, benigno amigo, que una vez heme encontrado en el seno de una de esas cajas de Pandora un disco de gramófono, ¡claro que no de los de Titta Rufo!, pero sí del *Niño de cabra.* Cigarros, billetes del tranvía, mediasuelas... eso es el callo nuestro de cada día. En fin, ¿qué es lo más di-

fícil de hallar en este mundo? Yo creo que una moneda de cinco pesetas; bueno, pues una de ellas se ha encontrado una vez este servidor bajo un pedazo de chorizo, y ciertamente, cuando menos la esperaba. Desgraciadamente, el duro era falso y no le sirvió ni para pagar la ración.

Si esto ocurre en un solo plato de callos, ¿qué no ocurriría en más de doscientos que eran los servidos en el banquete de la señá Gregoria? Hubo comensal que se encontró hasta una botonadura completa que había perdido un año antes, y no faltó socio que al llevarse un bocado a la boca y notar en ella que la comida patinaba, devolvió el depósito, sacó de él un cuerpo extraño, lo desenvolvió y se encontró con la cédula personal de aquel año: lo cabalístico del caso era que no recordaba haberla sacado.

Pero la alegría que reinaba en la mesa no dejaba parar mientes en estos detalles; tras de los callos sirvieron una pepitoria de ga-

llina que tuvo un lleno en la yacija de cada... anfitrión. Los estómagos se calentaban, porque además los frascos del de Arganda no eran allí un mero detalle de ornamentación, y las frases llenas de *esprit*, los golpes de retruécano, los vocablos de batalla de flores comenzaron a cruzar la mesa de lado a lado y de punta a punta como arcos trifóricos de un jardín de Le Notre.

Paco *el Bergamota*, que no perdía su ritmo interior ni aun cuando usaba la escofina, empezó a gallear con doña Práxedes la pensionista, a cuya vera había caído. El *pourparler* se inició como se inician siempre estas cosas, ya entre cortesanos, ya entre mamporreros: la aceituna que se ofrece y que se acepta; el vaso que se vacía y el galán que acude a llenarlo sintiéndose Ganímedes; el toque de coturno por debajo de la mesa, con su secuela del:

—¡Usted perdone!

—No hay de qué.

—Creí que era la extremidad abdominal de la mesa.

—Pues hay diferencia.

—¡Que si la hay! Como que la de la mesa es inerte, y la de usted echa yesca.

—No se vaya usted a quemar.

—Llamaremos a los bomberos.

—¡Uy qué susto!

—Pa susto el mío.

—¿Cuándo?

—El día que la ví a usted por primera vez.

—¿Soy yo de las que asustan?

—Como asusta el sol: por lo que brilla.

—¡Está el día de guasa!

—Y el año de suerte.

—¿Para quién?

—Para menda el escarolero.

—Ahora está barata.

—¿El qué?

—La escarola.

—Pues la sal debe estar a onza.

—¿Y eso?

—Porque se ha quedao usted con el monopolio.

—¿Quiere usted alargarme el salero para echarle a este huevo?

—Yo le alargo a usted hasta el padrón.

—¿Cómo?

—Llenando la casilla que falta: «Esposa de... Paco *el Bergamota.*»

Antes de que el concurso pasase de la pepitoria a la ensalada, entre Práxedes y el licenciado de la Moncloa se había tendido un puente; ya no había más que pasar por él, y, al llegar a la otra orilla... capicúa.

Al otro extremo de la mesa, una de las hermanas Ramiras —así denominadas por ser huérfanas del señor Ramiro el pajero— había empezado a sentir los prolegómenos de una pasión volcánica hacia uno de los gitanos que servían la comida. Era éste un mozarrón alto y fornido, color de onza de chocolate que, al arrimar las fuentes y ser-

vir, no dejaba de meter la pierna por junto al cuerpo de la interfecta, produciéndole convulsiones de descarga eléctrica.

Aún no habían los comensales arribado a los postres, y ya el organillo, plantado por Balbino en el centro del patio, preludiaba un *one steep*. Hubo pareja que, renunciando de buen grado a lo que quedaba de condumio, se lanzó de lleno a las emociones de la danza, dando así comienzo al segundo número del programa de festejos, aun antes de que se acabara el primero.

La cosa iba a cada momento dejando de ser fiesta de conmemoración cristiana, para tomar un tinte de bacanal pagana muy de acuerdo con el gusto de la mayoría de los invitados. Se chillaba y se daban vivas a las cosas más absurdas:

—¡Viva la honradez!—gritaba uno dando besos a una botella de anís Belmonte.

—¡Viva la señá Gregoria!

—¡Viva la madre de toos los vecinos...!

En el patio reinaba ya el desenfreno. A la hora de servirse el café—un recuelo-moka traído en cubos del tupi de la glorieta—pudo ocurrir una hecatombe, a cuyo lado el hundimiento del tercer depósito no hubiera sido más que una fuga de vocales. Como los danzarines habían invadido ya todo el local, las parejas más recalcitrantes no dejaban de dar empujones a la mesa al seguir las naturales evoluciones de la danza; en uno de los vaivenes el tablero cedió y fué a estrellarse contra la pared, aplastando a los comensales que aún no habían abandonado su puesto de honor, y entre los que se contaba a la propia señá Gregoria.

Se armó un concurso de ayes, balidos y peticiones de socorro, que llegaron a nublar el poco sol que entraba en el patio. Sobre todo las mujeres, chillaban como si estuvieran próximas a dar a luz. Afortunadamente, Paco *el Bergamota*, que caía en-

tonces por allí con su pareja, logró imponer—¡ya era hora!—un poco de orden, y la cosa, que iba para tragedia, terminó en sainete de los gordos.

Las primeras horas de la tarde pasaron en medio del mayor bullicio, sin que nadie supiese lo que hacía; la señá Gregoria, siempre acompañada de la Feli y otras cuatro o cinco vecinas del gremio de las pacíficas, habíase recogido en un rincón cerca de la portería, y allí pasó el rato, admirando complacida cómo aquellas gentes retozaban, bailaban los bailes más abstrusos, se emborrachaban y hasta rebuznaban, sólo por rendirle un homenaje a ella.

Iba a caer la tarde y llegó el momento de emoción. Lo que había ocurrido hasta allí era la parte festiva de la cosa; quedaba la parte seria; la transcendental, la épica. El portero, que hacía de bastonero de todo aquello, empezó a encauzar poco a poco la gente; era un hombre que tenía lo que los

franceses llaman el físico del empleo: alto, fornido, con amplios bigotes que le caían a ambos lados del rostro como gallardetes, hubiera tenido un lleno como sargento de Orden público o como presidente del Congreso.

—Vamos, señores, vamos, que ya es la hora.

Como se disuelve en el agua un terrón de azúcar, como se convierten en desengaños las más rosadas ilusiones, poco a poco la paz se iba haciendo en aquel infierno y el centro del local iba quedando libre. Hacía ya tres horas que el ganado había comido y la fiebre alcohólica iba cediendo; ahora se veían muchos rostros amoratados, pero deshojados también por la fatiga. La pensionista y *el Bergamota* habían acabado por entenderse; muy juntos cuchicheaban en un extremo del patio, como haciéndose un programa de no muy remota realización. La *Ensaimada,* la coi-

ma de Paco, no había sido un obstáculo para la aproximación, pues hacía ya un rato que estaba acamuesada con Balbino el organillero, el cual, para echarse en brazos del amor, había traspasado el manejo del manubrio al chico mayor del matrimonio-colección.

Y entre los diálogos de los unos, las aproximaciones amorosas de los otros y la fatiga de los más, quedó colocado en el centro del patio un sillón de anea y madera de pino, en el que la festejada había de sentarse para recibir como una reina el homenaje de sus vasallos.

Cuando el portero se acercó al grupo donde estaba la Gregoria y dijo a ésta:

—Cuando usted quiera...

... la buena mujer sintió una emoción tan intensa que estuvo a punto de que se la cayesen las muelas. Hizo un esfuerzo, bajó los ojos con modestia, apretó con ambas manos el saquito en que guardaba las dos-

cientas treinta y dos pesetas y cruzó el espacio que la separaba del solio; cuando se dejó caer en éste volvió a sonar una triple salva de aplausos que estuvo a punto de atontarla.

El encargado del panegírico—¡porque había panegírico!—era don Onofre el curial, llamado así por haber estado empleado varias veces en las Salesas, de donde tuvo que saltar por haberse comido en un mes seis mil pesetas en obleas. La naturaleza le había dotado de una facilidad de palabra verdaderamente cataratesca: cuando don Onofre empezaba a hablar, siquiera fuese del asunto más baladí, había que mandar por el catre si se quería oir hasta el final de la peroración, y un día de Nochebuena en que se reunieron varios vecinos a comer el turrón en un merendero de Carabanchel, tomó la palabra a los postres para decir sólo cuatro, y pronunció el «he dicho» cuando estaba amaneciendo el día

primero del año siguiente. Claro que, al pronunciarlo, estaba solo él en el local.

Se había hecho un silencio en el patio: ese silencio lleno de respiraciones, que parece ser el mejor homenaje de una multitud. A los lados de la señá Gregoria estaban la Feli y la portera de la casa; de mantener el orden del desfile se habían encargado Paco *el Bergamota*—¡cómo no!—el señor Melchor el papelista, don Juan el misterioso y el portero. El panegirista, avanzando dos pasos ante el trono, comenzó el siguiente fiambre:

—«Honrado vecindario: el origen de la honradez se pierde en la noche de los tiempos, en aquella obscura noche en que el progreso era un mito, y en que aún no se conocían las bombillas de cien bujías. Ya lo dijo el poeta: «¡Ay, mamá, qué noche aquella!» Y yo ahora os digo que la noche en que el día del amanecer...»

Querido lector: no cometeremos el error

de óptica de seguir al *curial* por todas las incidencias de su peroración: sobre ser ésta tarea algo difícil, suponemos que a ti las cefalalgias no serán cosa que te balanceen el espíritu.

Los organizadores del acto, sabiéndose de memoria cómo las gastaba el orador, habían dispuesto que el besamanos se celebrase al mismo tiempo que el discurso se pronunciaba: de haber esperado al final de la oración, corrían el peligro de que los vecinos, sorprendidos por las sombras de la noche, tuviesen que usar el candil para estampar el beso en la mano de Gregoria y no en otra parte de su dermato-esqueleto: en el coxis, verbi-gracia.

La ceremonia había comenzado: una larga fila daba la vuelta al patio, y al pasar frente a la festejada, cada uno de sus individuos hacía una inclinación, le tomaba la mano derecha, y depositaba en ella un ósculo, que a la buena mujer le repercutía

en el corazón. Ella, metía en la bolsa la misma mano, sacaba una moneda, y la entregaba a la persona que tan cordialmente acababa de honrar sus canas.

Siempre que se reune una multitud, por castiza que sea, no es posible evitar que, de entre sus filas, salgan unos eruptos morales: nunca falta quien descomponga el cuadro. Así, ahora, había socios volterianos, que después de rendido el homenaje, dado el beso y apandada la peseta, se retiraban a un lado, cogían la moneda, y la hacían sonar insistentemente contra las losas del pavimento. Y no era esto, con serlo mucho, lo más triste del caso: lo fúnebre era que algunas veces, la moneda así contrastada, emitía un sonido a hojadelata clorótica, que hacía vibrar con espanto los oídos más serenos.

—«Yo no voy a haceros la historia de esa vida ejemplar día por día—clamaba a la sazón el orador—entre otras razones,

porque se trata de una vida de cincuenta años, y yo me hago cargo de que el que más y el que menos de los que me escuchan, tendrá que hacer mañana a las ocho...»

El acordeón sonaba ahora tenuemente: las manos de Melecio le arrancaban unos suspiros apaisados que debían ser el concertante de *Marina*. Era esta otra idea feliz de la comisión organizadora: que mientras el orador hablase, la música sonase. Matábanse así dos pájaros de un tiro: la gente no se desesperaba, condenada a oir el sermón a palo seco, y el desfile tenía una solemnidad litúrgica.

Hubo un momento en que las lágrimas comenzaron a patinar por las mejillas de la señá Gregoria y de casi todo el concurso femenil: fué aquel en que todos los niños y niñas de la casa, en correcta formación, acudieron, formando parte del desfile. Los habían agrupado, por ese amor a lo teatral

tan arraigado en la gente, y conforme llegaban los ángeles de Dios ante la heroína, se azoraban un poquito, se aturullaban otro poco, y acababan por tomar el dinero y salir corriendo como en una liberación.

La anciana les alargaba la mano, bajándola al mismo tiempo para que los bebés no tuvieran que empinarse y molestarse mucho. Era curioso, y era cruel a un tiempo, ver a aquellos corderitos de pureza estampando un beso en aquella mano que tantos crímenes de impudor había cometido en su vida; no más que la noche antes, la señá Gregoria, siempre en su puesto, había realizado dos o tres sacrificios en el ara del oficio, con la misma buena fe de siempre. Claro era que se había lavado las manos a conciencia; pero seguramente que en su derecha quedaría ese rastro espiritual que dicen que deja el pecado, y que no se borra ni con piedra pómez. Las madres miraban encantadas a sus hijas cómo rendían el

homenaje a la buena mujer: a casi todas les había servido ella de madrina en la pila bautismal, y a todas las había regalado alguna chuchería en el día de su santo, como una buena hada. Ahora, la Gregoria, lloraba: lloraba, lentamente, sin convulsiones, pero lloraba. Acaso le parecía que aquellos besos eran como una purificación, como una desinfección que el cielo le enviaba para su vida entera de podredumbres. Eran lo único casto que habían tocado sus manos.

O tal vez llorase al pensar en los muchos, en los muchísimos miles de infantes como aquellos que ella había dilapidado, asesinado en sus noches de sacerdotisa, haciéndolos perderse en el vacío de las sombras, como el ladrón que estropease la masa de una repostería antes de que con ella pudiesen fabricarse los pasteles.

Sonaba el acordeón en un trémolo guajiro. El Demóstenes de la Curia, con la

oportunidad que le caracterizaba, decía ahora, dando grandes voces:

—«Contemplad esas manos; postraos de rodillas ante ellas. No hay obra de caridad que no hayan realizado, ni capullo de rosa de virtud que no hayan acariciado con deleite. ¡A ver qué vida! Yo sólo le pido a Dios, que el día en que esté para diñarla, unas manos como éstas vengan hasta mi lecho, me cierren los ojos, me toquen la frente... ¡Sí, señores, que me la toquen...! ¡Oh, manos santas, manos de princesa de cuento de... Bocaccio, manos nacidas para lanzar al aire las más divinas armonías que...»

Y como al llegar aquí no cesaba de mirar a Melecio, que en aquel instante llegaba con el acordeón a la altura donde monoplanean los virtuosos, no se sabía si el elogio de las manos hecho de manera tan florida, iba dirigido a las blancas y regordetas de la señá Gregoria o a las callosas y

tetraédricas del acordeonista. A unas o a otras, el elogio hubiera estado muy en su punto.

* * *

El verano era la muerte de las aves nocturnas del Botánico. Cuando durante el invierno, apretaban los fríos y las lluvias y no bajaba ni un parroquiano a suicidarse, las pobres mujeres no tenían más que una exclamación:

—¡Cuándo llegará el buen tiempo!

El buen tiempo llegaba con Abril; pero inseguro, traicionero, con rabotadas de noches más crudas que las de Diciembre, y con ventiscas cargadas de pulmonías que poca gente se atrevía a desafiar. Y era preciso que llegasen los últimos días de Mayo, que arribase Junio, con su esplendor nocturno, para que las serenas claridades del mes de San Juan permitiesen algún desahogo al ejercicio de la profesión.

Pero un sino fatal como el que perseguía a don Alvaro, parecía seguir como un sabueso los pasos de las buenas mujeres; llegaba Junio, en efecto, y en el Prado, un industrial aprovechado ponía un *cine* al aire libre, llenaba con más de mil sillas todo el andén de la acera del Banco hasta Neptuno, y las pobres pájaras tenían que huir, pues ellas sólo reinaban entre el silencio y las sombras.

De estas últimas no faltaban en el *cine* nocturno. Durante el desarrollo de las películas en la sábana colocada en medio del paseo entre dos soportes de madera, se apagaba la luz de las bombillas supletorias; la de los focos del alumbrado público no llegaba hasta allí, pues lo impedía la pompa de los árboles, entonces en todo su esplendor, y las parejitas de novios, que constituían más de la mitad del público, se entregaban a las labores propias de su sexo, mientras en la sábana, *Charlot*, se daba de

testarazos contra una puerta, o *el hombre de los venenos* construía en su lóbrego laboratorio una nueva toxina para escabechar millonarios.

Las compañeras de la Feli y de la señá Gregoria se sentían desbancadas por aquellas hijas de patronas, modistas, tobilleritas de piernas al aire y manos listas que se agarraban al novio *como se agarra el muérdago a la encina.* ¡Era el destino del paraje! Que nunca faltasen en él las ceremonias del culto fálico, y que en toda época del año, la columna del Dos de Mayo que amenazaba al cielo, no fuese más que una ampliación de otras columnas enhiestas en la noche.

A la triste caravana manual no le quedaba ni el recurso de acogerse a sus cuarteles del Botánico, casa solariega del gremio; apenas mediaba Junio, el estrépito de las verbenas invadía todo aquello, con sus caballitos, pianos mecánicos, barracas de

fenómenos, puestos de botijos, vajilla, dulces y otras entelequias, y con un continuo zambombeo de toda clase de gritos articulados y de los otros, que eran una tocata general de huída. En todo el verano casi no se marchaban de allí, y cuando llegaba Septiembre con sus noches encalmadas, venía la feria de los libros a prolongar todo para desesperación de las buenas... manicuras.

Como un país condenado a éxodo, como el rebaño humano que el invasor empuja lejos de las fronteras de su pueblo, la comitiva se refugiaba en el final de las calles de Claudio Moyano y de Alfonso XII, acampaba por allí junto a la entrada del Retiro y por los altos del Observatorio, no faltando algunas que, imitando el noble ejemplo de *la abuela*, siempre aristocrática, se corriesen por el paseo de Atocha hasta las verjas del pateón de hombres ilustres, queriendo, aun en la muerte, estar cerca de gente fina.

Pero se hacía poco negocio. Faltaba ambiente y faltaba la influencia del medio, factor psicológico que ya se admite por todos, aun en los tribunales de oposiciones. Era inútil, sin embargo, salir de allí; ya llegaría el otoño, ya se retiraría el intruso, el invasor; mientras esto llegase, no había rincón del antiguo reino que no estuviese ocupado por un aguaducho con su haz luminoso y su cuerpo de camareras no menos luminoso también.

La vida es lucha, ha dicho alguien, y, para que unos vivan, tienen que morir otros. Esto se dice muy elegantemente en latín: «Corruptio unius generatio alterius.» De aquel bullicio del verano, de aquel derroche de luz de las verbenas, había quien se alegraba en superlativo grado; como que era una tregua en su padecer de todo el año, un respiro de aire sano en sus ocho meses de miasmas.

Nos referimos a esos hombres de piedra

colocados por los hombres de carne en medio del jardín para... ¡honrarlos! Hacemos alusión a los bustos y estatuas repartidos entre la fronda.

No eran Cibeles, ni Neptuno, ni el Apolo de la fuente grande, pues éstos, como dioses al fin, sabían de las miserias humanas un rato largo, y hasta puede que no las estimasen tales miserias, sino más bien pasatiempos inofensivos. Además que el Olimpo por las noches, según nos han contado, no era más que un Botánico sublimado.

Pero había otros seres que fueron en su día hombres de carne mortal y que ahora, eternizados en mármol o en bronce, vivían su vida, esa vida un poco monótona de las estatuas, no exenta, sin embargo, de sobresaltos. El que más se alzaba sobre la tierra era Murillo, el pintor de los ángeles y de las vírgenes, el hombre que parecía mojar el pincel en pureza, erguido ahora en el

centro de la glorieta de su nombre, entre el Museo de Pinturas y la puerta principal del Botánico. Un bosque de árboles le rodeaba como protegiéndole de las inclemencias del aire libre, pero era precisamente bajo aquellos árboles donde las sacerdotisas preferían ejercer su culto nocturno. ¿Qué diría el bueno de Bartolomé si pudiera hablar? Y en sus soliloquios, ¿qué se diría a sí mismo? Acaso se consolase pensando que no era él solo a aguantar injurias.

No había más que dar la vuelta al muro del Museo, y ante la gran puerta de la columnata, pasaba los días y las noches don Diego Velázquez de Silva; a éste, por lo menos, lo habían sentado, y con la paleta al brazo y el pincel en ristre, parecía que se dispusiera a retratar todo aquello en un alarde de verismo. El, tan realista, que había pintado hasta la ideal realidad del aire, ¡qué soberbios cuadros hubiera podido tra-

zar con las cosas que pasaban bajo su pedestal! Un nuevo cuadro de *Las lanzas,* adaptado a la época moderna, habría podido salir de allí para asombro de siglos venideros.

Con el mal genio que se gastaba cuando andaba por el mundo Paco Goya, horrorizaba pensar la de ternos y ajos que hubiera soltado si a su broncínea cabezota de ahora le hubiesen concedido por unos minutos el don sagrado de la palabra. También estaba sentado, pero por estar su asiento más alto que el de Velázquez—en el gran rellano de la escalera del Museo—abarcaba su vista mayor espacio y podía tener una amplia visión de conjunto. El maestro de *los Caprichos,* al hacer éstos, parecía haber presentido el sitio en que lo iban a emplazar después de muerto; muchas de sus viejas corcovadas y legañosas pasaban ahora todas las noches bajo su vista y le hacían una mueca de invitación, a

la que él contestaba con la punta de su pie izquierdo, siempre avanzado fuera del pedestal, como engendrando un puntapié al mundo.

Y no eran sólo los genios del pincel los que aguantaban el ultraje. En los jardines de la derecha, viniendo hacia Atocha, y casi al lado de la plaza de Neptuno, habían colocado hacía poco un busto de bronce sobre pedestal de mármol blanco. Era la efigie de aquel gran sabio, de aquel buen hombre, de aquel austero y formal médico que en vida se llamó don Alejandro Sanmartín. Sus discípulos y compañeros quisieron que el recuerdo del patriarca de San Carlos no fuera sólo una florecilla en sus corazones, e idearon aquel monumento que eternizase al que nunca debió morir. Pero, ¡por Hipócrates!, el sitio elegido para su emplazamiento ¿no había podido ser otro? Cierto que lo rodeaban árboles centenarios y que el césped alfombraba el suelo en va-

rias docenas de metros a la redonda; pero, ¿no sabían los que eligieron el sitio que aquel césped se convertía por las noches en *sommier* barato, y que al arrimo de los troncos de aquellos árboles se cantaban unas baladas de un sólo tono, cuya letra hubiera hecho enrojecer a un pimiento de la Rioja...? ¡Pobre don Alejandro! Si levantara la cabeza se volvía a morir de asco.

Ya al final, sin abrigo alguno de arboleda, don Claudio Moyano, con un libro abierto, se empeñaba en enseñar a leer a los muchos analfabetos que entraban en Madrid a diario por la estación del Mediodía. Y éste sí que tenía mal genio; su cara, aun con la inevitable dulcedumbre que le había dado el artista, tenía esa expresión de dureza agresiva del hombre que tiene siempre el hígado en perpetua ebullición y está deseando tirarle un rentoy al primero que se le ponga por delante.

Era una cara de bronce, no sólo por la

materia de que estaba hecha, sino por el gesto. A pesar de ello, decían que cuanto hay de progresivo en España y en materia de enseñanza se lo debíamos a él; por lo visto, a un hombre que tanto había enseñado le faltaba algo por ver de las bajezas de este mundo, y lo habían puesto allí, a dos pasos del grandioso Ministerio de Instrucción Públ'ca, para que por las noches fuera haciéndose una cultura en materia de inmundicias.

Le pasaba lo peor que le puede pasar a una estatua: que la tomen como punto de referencia y de cita para las aventuras. Cuando una pareja quería dedicar la noche a los juegos de manos, se daba cita *al pie de la estatua de Claudio Moyano*, y el bueno de don Claudio se resignaba, y no tiraba el libro que tenía en las manos a aquellos gorrinos porque se hubiera quedado sin él, y no habría sabido qué hacer con los brazos en adelante.

Además de estos santos e insignes varones había una a modo de comparsa o coro de tragedia clásica que también tenía que aguantar lo suyo. Nos referimos a las estatuas de la columnata del Museo, grandes hombres de piedra, emperadores romanos, sabios, gente toda muy ilustre, y unas mujeronas enormes representando alegóricamente cosas tan prácticas como *La Victoria, La Fama, La Inmortalidad* y *El Ensueño.* Estas últimas eran unas guapas mozas, de muslos fornidos y de pechazos enormes, que más que figuras representativas de altas virtudes, parecían el anuncio de la Gota de leche o el panegírico de una agencia de nodrizas.

El monumento era de lo más hermoso de Madrid; tras las vidrieras del primer piso se veían casi amontonadas las obras de arte; grupos escultóricos, relieves, estatuitas ligeras y gráciles como las del jardín del Trianón; más abajo, sobre la fachada,

una fila de medallones reproducía las efigies de los hombres famosos que habían elaborado, colaborando con los siglos, la gloria de la Pinacoteca, y abajo, casi sobre el césped de los parterres, se elevaban dentro de gigantescas hornacinas las figuras antes citadas.

Serenidad y Elegancia, estas dos columnas del clasicismo reinaban allí, apaciguando el ánimo más conturbado, con solo su contemplación. En las noches de luna, el paraje tomaba un aspecto fantástico que hacía pensar en el cementerio del quinto acto del *Tenorio* con sus muertos que hablaban y sus vapores de fiebre. Los árboles más altos del jardín estaban allí, con sus ramas caídas hacia tierra, como brindando cobijo y protección.

Jamás se habrán hecho en un sitio tan bello tantas cosas feas. *¡La Victoria! ¡La Fama! ¡La Inmortalidad...!* ¡Bah! Nombres sonoros y rimbombantes que la humanidad

ha inventado para que los poetas tengan material para sus versos. Cosas que no se podían tocar con la mano—y esto en el Botánico nocturno, era un gran defecto— que no se veían más que cerrando mucho los ojos. Lo positivo, lo que vivía con los placeres y los dolores de la carne, era todo aquello que por las noches se arrastraba a sus pies, todo aquel río de fango y de miseria, que en unos cuantos segundos tenía más palpitaciones que todas las estatuas en su eterna vida de siglos.

Lector: tú y yo debemos procurar que, cuando nos eleven la estatua que por clasificación nos corresponda, no la emplacen en el Prado ni en el Botánico. Lo mejor será que no nos la eleven: pero si un grupo de amigos se empeña, que elijan otros parajes de Madrid menos grandiosos, pero más higiénicos.

¡Habiendo como hay sitios tan bellos y apacibles en la Corte! Esa plaza de Espa-

ña... Esa Moncloa... Esa calle de López de Hoyos... Esa cuesta de las Perdices...

Pero si la cosa es inevitable, si es nuestro destino que en el Botánico hayamos de vivir nuestra vida de piedra, al menos encomendemos a un alma piadosa que todos los días, al caer las primeras tintas de la noche, tome una escalera, suba hasta nosotros, y nos cubra los ojos con una venda.

Sabremos pagarle el favor con una sonrisa de mármol, a cuyo lado la clásica sonrisa de la Esfinge será el principio de una basca.

* * *

Felizmente, había pasado el verano. El invasor se había ido retirando poco a poco y los últimos puestos de la feria de libros, habían desaparecido.

Ya era mediado Octubre cuando ello ocurrió. Las aves nocturnas fueron poco a poco tornando a sus nidos, y la clásica

explanada fué adquiriendo su animación sombría.

La Feli prosperaba: en poco más de un año de trabajo había conseguido lo que siempre le había parecido un imposible: ahorrar. Aquella tarde precisamente, había estado haciendo el balance de las existencias en su caja de ahorros, que era un calcetín de su marido, a listas blancas sobre fondo azul... Uno, cinco, diez... ¡qué atrocidad! Tenía ya cuarenta y ocho duros.

Claro que, para reunirlos, llevaba una vida casi en abreviatura: vestía únicamente lo necesario para que no se la vieran las carnes; comidas no hacía más que una, a las tres de la tarde, hora en que salía del colchón que, a ras del suelo, le servía de lecho. A las nueve de la noche, antes de ir a la faena, hacía una especie de colación, cuyo menú le formaban casi siempre cinco céntimos de chochos y las colas de las sardinas que había comido al mediodía. Ade-

más, y por aquello de que el derroche es el camino más seguro para el hospital, se había mudado de cuarto: una de las guardillas interiores de la casa la había acogido en su seno, y ella vivía feliz como el grillo en la jaula, en aquella especie de lata de la basura en la que no entraba el sol más que dos días de Agosto. Total: trece reales al mes de alquiler, que es a lo que íbamos.

Entre el gremio la Feli comenzó a tener fama de rica. Ella, *la abuela* y la señá Gregoria, constituían el triunvirato plutócrata de la profesión, al que todas admiraban y odiaban a un tiempo mismo.

La abuela hacía ya varias noches que no bajaba. Por una de sus vecinas, también... masajista, se supo que la pobre vieja estaba muy malita en su piso sexto de la calle del Amparo; se le habían hinchado las piernas, hasta el extremo de que tenía que dormir con ellas fuera de la cama y metidas en un baúl, por no caber en el colchón.

¡Qué raro! Y en cambio las manos, aquellas manos sabias que tanto habían trabajado en el mundo, no se hinchaban, antes al contrario, se afinaban día por día, se transparentaban, se hacían de nácar, como las manos de la Maestá, de *La noche del sábado.*

A fines de Noviembre, y habiendo llegado la noche antes al Botánico la noticia de que *la abuela* se moría, Feliciana quiso ir a verla. A las cinco de la tarde, cuando ya habían más sombras que luz en el arroyo, la mujer, muy arrebujada en su mantón, subía por la cuesta brutal de la calle del Amparo, que parecía hecha para triturar pulmones. La casa era una de las últimas de la derecha. Subió seis pisos, divagó cerca de un cuarto de hora por crujías y pasillos, y, al fin, vino a dar con la letra *M*, colocada *al sommo d'una porta,* como las palabras de color obscuro de que hablaba el poeta.

Para buscar el llamador tuvo que palpar

un rato por la madera y hasta por la pared. Al fin, un hilillo grasiento, terminado en un cartón, vino a enredarse a sus dedos, y tirando de él oyó adentro el tenue tintineo de una a modo de esquila de ganado.

Pasó un rato sin que nadie contestara a su llamada. Al cabo de él la puerta se abrió, y la Feli quedó sorprendida y casi espantada. Veía la hoja abierta de par en par, sobre una habitación cuadrada, de paredes sucias y sin un solo mueble; pero no se veía quién la había abierto. Ni se oyeron pasos, ni se vió alma alguna. O se había abierto sola, o la habían abierto los espíritus.

Como si saliera del fondo de un puchero roto, llegó a ella una vocecilla, en la que al punto reconoció la de *la abuela,* pero disminuída, como reducida a su mitad.

—Pase, pase quien sea... Y cierre la puerta, haga el favor...

Para decir esto último, se notaba que

había tenido que hacer un gran esfuerzo.

La Feli cerró, y al verse en el recibimiento, indagó por dónde había de pasar. En la pared que quedaba tras la puerta al abrirse, vió una cortina encarnada, y la alzó con cierta timidez. Fué como si acabase de destapar una lata de escabeche, en cuyo seno estuviese conservado el abismo. La sombra, la obscuridad, era tan negra, que aquel orificio lo mismo podía dar a un pozo, que a una fábrica de calamares en su tinta. Avanzar allí un paso sin un guía, era como jugarse las narices al próximo sorteo de la lotería nacional.

La vocecita tornó a dejarse oir.

—Pase..., pase...

—Ahora sonaba muy cerca, tanto, que hubiera podido tocarse con la mano, sin moverse, a la persona que hablaba.

—Es que no veo, abuela...—arriesgóse a decir la visitante.

—Es verdad; espera, espera...

Notóse un crujido de la cama, una mano que palpaba a tientas sobre un tablero de madera, una cerilla que rascaba en la lija de una caja... y que volvía a rascar hasta diez veces. Hubo sus quince o veinte pases sobre el rascador, como en una faena de las buenas de Joselito, y al final se hizo la luz.

No se vió más que el resplandor al principio, y fué preciso que la enferma aplicase la cerilla a una vela de sebo que al alcance de la mano tenía para que se viera algo de lo que había en la estancia.

La Feli se encontró en esa postura ridícula en que nos encontramos todos cuando se hace la luz en una habitación en la que hemos estado un rato a oscuras: el visitante, indefectiblemente, al llegar a este caso, se halla pegado de cara a un espejo, separado por solo dos milímetros del respaldo de una silla con la que ha estado a punto de tropezar, o con la punta de la bota en el filo de una escupidera prócer,

cual si quisiera con ella lavarse el pie.

Feliciana se vió al borde de una cama, en la que parecía querer acostarse; apartóse instintivamente, y vió en ella a *la abuela*, pero ¡qué cambiada!

Poco parecía que podría hacer la enfermedad en un cuerpo caduco como el de la pobre vieja, y, sin embargo, ¡qué mudanza no había hecho! Los ojos de tan vidriosos, parecían apagados; los cabellos, caídos hacia atrás, parecían haber sido castigados en pocos días por una calvicie galopante; la cara se había quebrado en mil arrugas, sobre las cien que ya tenía; el cuerpo, abultado en el vientre y en las piernas, parecía querer tocar el techo... Sólo las manos, como había advertido la vecina, parecían haberse purificado, como unas manos postizas de cera, florecidas de juventud por un prodigio.

Fué preciso que la moribunda las moviese para que Feli se convenciera de que

eran las suyas. Al verla a la luz de la vela, le había dicho la anciana:

—Hola, hija mía, ¿eres tú? ¡Me muero, Feli, me muero!

—¡Qué se va usted a morir!

Miró la estancia: fuera de la cama no había en ella más trastos que una mesilla de noche, una silla, el baúl, cubierto por una tela igual a la de la cortina de la entrada, y un palanganero de hierro. No podía haber más, porque el espacio se acababa.

El cuartucho no tenía ventana ni montante alguno por donde llegase la luz del exterior. Feli vió todo aquello de un golpe, y exclamó horrorizada:

—Pero... ¿Está usted sola?

La enferma jadeaba en un respirar anhelante, que la dificultaba el habla.

—Sí... siempre estoy así... La portera sube por las mañanas a ver si quiero algo...

—Y, entonces, ¿quién me ha abierto a mí la puerta?

Se veía que hacía un esfuerzo para sonreir; pero con esfuerzo y todo, la sonrisa quedó en proyecto.

—Mira.

A la cabecera de la cama había un cordelillo que, pegado a la pared, salía por el arco de entrada de la habitación al vestíbulo y enganchaba en el pasador.

—Tirando de aquí, se abre en seguida.

—Y, ¿le abre usted a todo el mundo?

—Si no... viene nadie...

—Pero, ¿y si la roban?

Ahora, ya sin esfuerzo, sonrió:

—¡Robarme! Y... ¿qué me iban a robar?

—¡Bah! No diga usted eso: usted debe tener sus ahorrillos.

Dijo que sí con la cabeza.

—Y eso lo sabe la gente.

—Pero... no... saben lo otro...

—¿Qué es lo otro?

—Que... no... los tengo aquí...

—¿Dónde, pues?

—No te lo digo... no se lo he dicho... a nadie... Cuando me muera... el que los encuentre... para él...

No la entendía: sí notaba que se moría a chorros. Y hasta entonces, la buena de la Feli no se había fijado en que sobre la manta de la cama había un crucifijo de metal y un rosario. *La abuela*, como si la mirada de la otra se lo hubiese recordado, abrió ambas manos, y cogió con cada una uno de los objetos, apretándolos muy fuertemente uno contra otro.

Feliciana no había visto morir a nadie, y, sin embargo, vió muy claro que la vieja se acababa. En un relato incoherente, ella misma le reveló su secreto.

—Yo..., yo... con mis manos... lo he escondido... Tendrán que... escarbar mucho... para dar... con él. Que busquen... frente a la puerta... del Botánico...

La Feli recordó: fué como un rayo de luz que la iluminase de pronto. En los últimos

días de Octubre, poco antes de caer enferma *la abuela*, habíala sorprendido ella cerca ya de las tres de la madrugada agazapada en el suelo entre el jardín de la plaza de Murillo y la puerta del Botánico. No pudo ver claro lo que hacía: pero sí recordaba que la anciana se sobresaltó creyéndose sorprendida. Luego, antes de retirarse, estuvo un largo rato pataleando en el suelo, con el pretexto de tener los pies fríos, aunque en realidad para apisonar bien el escondrijo.

La pobre moría sin dejar a nadie en el mundo, pues con los borrachines de sus nietos hacía tiempo que no contaba, y había querido dejar a la tierra los cuartejos que había reunido sobre aquella tierra misma en tantas noches de culto.

Feli no sabía qué hacer; la vieja agonizaba; pensó en llamar a la portera, pero se detuvo al pensar que mientras bajaba y subía podía morir aquella infeliz. Salió a la puerta del cuarto y llamó:

—¡Eh! ¡Vecinas...!

Una chicuela pequeña cruzaba un corredor a lo lejos. Con su media lengua respondió a la Feli:

—No llamusté, que no hay naide...

Y volvió la infeliz a la habitación. En un último delirio *la abuela* canturreaba con el rostro ya sereno:

—Sí...; yo misma..., con estas manos que se comerá la tierra... Y era guapo... y buen mozo... Entonces aún llevaba las patillas... Luego vi su entierro... un día de Noviembre... ¡El pobre!... Era muy castizo...

Moría recitando por últlima vez la leyenda de toda su vida: aquella aventura de altísima estirpe que fué como una página de oro en su historia, capaz de redimir y ennoblecer todas las bajezas posteriores.

Sus manos, aquellas manos expertas que tantos homicidios en flor habían cometido, apretaban ahora el crucifijo como en una despedida redentora. Parecía que la muer-

te había empezado por ellas, y tenían ya el color de las azucenas, exangües y apagadas, cual la rama seca de un árbol que ya no ha de florecer más.

Hizo un último esfuerzo, levantó tres veces el pecho con violencia y aún dijo, a tropezones.

—Aquél sí... Aquél era muy castizo... Pero todos... los demás hombres... son unos puercos...

Fué lo último que habló; apagóse su luz interior y quedó yerta, alargada...

Y ahora sí; ahora la Feli salió al pasillo, bajó escaleras, alborotó la casa y, por fin, logró encontrar a la portera y a cuatro o cinco vecinas que, impulsadas por la curiosidad, subieron a ver *el fiambre,* como ellas decían.

La única que lloraba era Feliciana; pensaba en el día en que ella estuviera así, y acaso tan sola como la pobre *abuela*: ¡Ser la reina de un gremio para acabar en esto!

Acercóse a la cama y, en nombre de todas sus compañeras, dió un beso en las manos de la muerta.

Una de las vecinas, por lo bajo, dijo a las otras:

—¡Habráse visto asquerosa!

* * *

¿Por qué no? Los golfos y golfas del Botánico también celebran la Nochebuena. Al venir al mundo el hijo de Dios había venido para todos. ¿Por qué, pues, habían de ser solamente los ricachos del Palace y del Ritz o los burgueses que se surtían de comestibles en la plaza Mayor los que habían de festejar el natalicio?

Era una noche clásica también allí: una noche de lleno en la que ninguno se hubiera atrevido a faltar a la reunión.

La señá Gregoria había corrido aquel año con la cascaruja; a las diez de la noche se había presentado en la glorieta de Muri-

llo con dos grandes sacos de papel de estraza llenos de nueces, castañas y bellotas. Su presencia fué acogida con una ovación no menor que la que saludó la entrada de la Feli en el pequeño jardín del centro de la plaza. Tampoco venía sola; seis botellas de aguardiente, compradas en el bar de Embajadores, la acompañaban, distribuídas entre la faltriquera, el pecho y los dos brazos.

La Estrella traía algo grande, algo épico que para la mayoría de aquella gente era un alimento de otras épocas de la Historia. ¡Un salchichón, un gigantesco salchichón de tamaño de natural, un ejemplar magnífico, tripacular, que parecía un trabuco! Tanto, que no faltó quien creyese se trataba de una vil falsificación: hubo que partirlo, probarlo y tragarse hasta el pellejo, para convencerse de que aquello no era una entelequia metafísica.

El muchacho, no queriendo engalanarse

con salchichones ajenos, contó la historia: aquella tarde, en la Puerta del Sol, había caído un buen parroquiano: un tío alto, fornido, con grandes bigotazos, que parecía escapado de un depósito de sementales. Y *Estrella* había estado tan complaciente con él, que el hombre se había conmovido, y le había dicho al final de la entrevista:

—Yo quisiera hacerte un regalo para que te acordaras de mí... ¿Qué es lo que más te gusta?

El chico se había acordado de sus compañeros y compañeras de las noches y había contestado:

—¿Por qué no me compras un salchichón?

Creyóse el parroquiano que aquello era una alusión mortificante:

—¡Es que no has quedado satisfecho de...!

—No, no: si lo que quiero es un salchichón auténtico, de esos que se comen... nada de metáforas.

Y en la calle del Carmen, en una tienda de comestibles, le compró el socio a su amigo la pieza de Vich más grande que había; *la Estrella* salió a la calle con un bulto alargado y grueso, como si se hubiese comprado una docena de paraguas. Fué a tomar en la Puerta del Sol el tranvía de la Fuentecilla y el cobrador no le dejó subir, por no admitir el reglamento más que bultos de mano.

Pero la sorpresa, el secreto, fué *el Patriarca* el encargado de aportarlo a la reunión. Llegó cuando ya estaba casi todo el katipunan con un envoltorio redondo, con un a modo de apéndice como el hueso de un jamón o el puño de un entucas.

¿Qué sería aquéllo? Se hicieron varios acertijos.

—Vamos a ver, ¿qué es esto?—preguntó solemnemente el viejo, alzando el paquete por encima de su cabeza.

—¡Un queso!—dijo uno.

—¡Un melón!—gritó otro.

—¡Un jamón!—clamó Esteban, que había traído una lata de café.

—Nada, no dais ni una.

Y lentamente, como quien teme romper una bombonera de cristal de Bohemia, quitó primero un papel, luego otro, otro más aún, y, al final, cuando los espectadores se iban impacientando, salió a la vista de todos, alumbrada por el farol más cercano... una zambomba, una recia y ampulosa zambomba, forma de ánfora griega, con el rabo de caña, erguido como un álamo, y un vientre poblado de ruidos pastoriles.

Los abucheos, los gritos, los improperios, casi nublaron la luz de las estrellas.

—¡Vaya un tío!

—¡Que se la coma!

—¡Que la toque!

A duras penas pudo restablecerse el silencio, y *el Patriarca* habló:

—¡Hijos míos! Es la más grande que he

encontrado en todos los puestos de la plaza de Santa Cruz. Yo la ofrezco a la señá Gregoria, decana y maestra de todos los aquí presentes; nadie mejor que ella sabrá tañer este mágico instrumento y arrancar de él sonidos que conviertan en un Helicón este paraje urbano.

Casi los convenció de que aquello, aunque no se comía, era tan útil como el salchichón y el aguardiente. Después del banquete no vendría mal un poco de danza, y para que ésta no fuera a palo seco, nada mejor que acompañarla con el son de una zambomba, a cuyo son habían bailado todos ellos la mayor parte de su vida.

El pan, el vino tinto, unas aceitunas, almendras, higos... y algún acompañamiento por el estilo, habían sido aportados entre los demás. Hubo una chica nueva en la plaza, que confesó muy compungida no haber traído nada por carecer de perras. Quisieron abuchearla, pero la señá Gregoria

se impuso y dictó una sabia resolución. No por eso había de perderse la buena intención de aquella infeliz: mientras los demás preparaban los comestibles, ella iría recogiendo leña y hojarasca por los contornos, sin volver hasta que no tuviera reunido un regular montón. Con él se hizo una hoguera, que vino a quedar como centro de mesa, a cuyo alrededor se formó el corro.

La cena empezó a las once en punto de la noche. Reinaba el buen humor y hacía un frío que desnudaba. El frío se iba notando cada vez menos, gracias a la fogata y al vino. El buen humor iba en aumento, acaso por las mismos razones.

Gregoria, viendo aquel cuadro, del que ella, por derecho propio, ocupaba el puesto preferente, recordaba aquella otra comida celebrada en el patio de su casa el día del cincuentenario. En el fondo, los dos actos eran iguales, y acaso éste la satisficiese a ella más, pues era infinitamente más justo.

Mientras aquella pobre morralla tragaba, reía, chillaba, una pareja del Orden público a caballo paseba por el asfalto del paseo central con rítmicas intermitencias. Parecía estar allí vigilando para impedir que la sociedad pudiese perturbar con sus pudores el nocturno regodeo de los desheredados. También ellos, aunque algo echados a perder, eran hijos de Dios. Y éste, al venir al mundo, no había dicho para quiénes venía. Lo lógico era suponer que también venía hasta para los habitantes de Sodoma, que se hubieran salvado del incendio destructor de la simpática ciudad.

Uno de los comensales consagró un cariñoso recuerdo a *la abuela*. Era el primer año que faltaba. Y la *Manceba,* una pobre arpía medio jorobada, que en cuanto olía un poco de aguardiente la cogía llorona, permitióse hacer unas cuantas consideraciones filosóficas.

—A ver el año que viene a quién le to-

ca... ¡Pa lo que hay que hacer en esta perra vida! Lo mejor sería que de repente, y ahora que tenemos la barriga llena, nos muriéramos toos.

No la dejaron acabar.

—¡Que se calle!

—¡Vaya una violina!

—¡So murciélago!

Fué, como siempre, la señá Gregoria la que hizo la paz.

—¡Vaya, no hay que ponerse tristes! Echemos un trago a la memoria de la pobre *abuela,* y para que descanse, que bien lo necesita... Y que nos espere por allí muchos años, que allí bien tendrá con quién entretenerse.

Habían acudido curiosos, al ruido y al jaleo. Siempre ocurría lo mismo, y casi siempre también, muchos de estos curiosos, que al principio se acercaban al corro lentamente y con timidez, conviertíanse luego en parroquianos, al deshacer-

se la reunión, terminada la cuchipanda.

Caían muchos, y era una buena noche por todos conceptos: una noche de muchos ingresos, como si Navidad trajese para aquellas infelices el regalo de sus dones.

Acudían a bandadas los parroquianos; había que divertirse; ya lo decía la copla:

Esta noche es Nochebuena,
y no es noche de dormir.

Nunca, como en estas horas memorables del año, veíase tan concurrido aquel campo... del recreo. Nunca se derrochaba tanto, por el césped y el barro, ese tesoro con que la Naturaleza ha dotado a los hombres, para que vayan poco a poco poblando el mundo.

Fuera de los habituales, de los abonados, veíanse también elementos nuevos: señoritos que, dándoselas de pillines, acudían a burlarse de las buenas mujeres, pero acudían en grupos, no atreviéndose a ir solos.

Algunos de ellos, de las bromas pasaban a las veras, y después de burrear a su sabor bajo los árboles, acababan por perderse en la espesura con cualquiera de las peripatéticas.

Pero no era éste el público, no era de ello de lo que comían el resto del año aquellas damas. Esta noche, un poco dislocada en todo, era la excepción; volverían a la siguiente las aguas a su cauce, y *su* público, el público sano, como diría un empresario de teatros, seguiría reinando allí como había reinado siempre.

Jornaleros, empleados de poco sueldo, estudiantes de menos ingresos mensuales, algún caprichoso, aunque esto último era rarísimo. Y no había que execrarles, no había que hacer muecas de asco; nadie come bazofia por su gusto, y si todos aquellos que por las noches bajaban al Botánico hubiesen tenido en el bolsillo un duro, o siquiera dos pesetas, no habrían llegado

hasta allí; habríanse quedado en cualquiera de las ciento y pico de casas de lupas—¡olé clasicismo!—que adornaban las calles de Cervantes, Lope de Vega, San José, Huertas..., y todas las que bajaban a verter sus inmundicias, como en el lecho de un río, en la hondonada del paseo.

Era un caso de hambre, tan voraz y tan exigente como el del que lleva seis días sin comer, y se come los anuncios de las carteleras; los sitiados de ciertas poblaciones heroicas han comido ratas, maromas de pozo, tacones de botas y otros alimentos más prosaicos, sin miedo a contraer una dispepsia. Y no creemos que, por gusto y en estado normal, haya nadie que se faje con una ración de ratas al gratín.

Era también, según frase feliz del grandioso Pepe Ruiz del Castillo, un caso de cirugía de urgencia: había que operar o morirse. Todo, antes que el horror de meterse a solas en la cama con un superávit de

energía en el organismo; podía venir la congestión. Y, como clínica de urgencia, la del Botánico era una cosa fastuosa: amplia, ventilada, con gran aireación, adornada y ennoblecida por el aite como una cervecería de Munich; y luego, los precios, al alcance de todas las fortunas.

¡Hambre! Esto por encima de todo. Si nuestros sociólogos y nuestros legisladores sirvieran para algo más que para viajar por cuenta del Gobierno, ya se habrían preocupado del problema hace mucho tiempo. Cuando se tiene una querida—o varias—que está esperando que termine la reunión del Consejo H o B, para que el consejero llegue a su casa y se revuelque, es muy fácil hacer gestos de asco, y decir, mientras se lava uno:

—¡Ese Botánico por las noches! ¡Qué vergüenza! Yo no sé cómo las autoridades no acaban con eso.

Ley de subsistencias, casas baratas, coci-

nas económicas, bibliotecas populares... Todo eso está muy bien; pero estaría tan bien como eso inventar algo que aminorase los efectos de ese otro apetito devorador, que hace saltar al fauno en la noche. Prostíbulos con subvención del Estado, un equitativo reparto de mujeres ociosas entre los obreros de las fábricas y los empleados de los ministerios; o si no ¡ya está! aplicar la cooperación, esa mágica palabra que hemos inventado ahora, y fundar una cooperativa de amor, en la cual, mediante la presentación de un ticket... Pero los detalles debe arreglarlos una comisión nombrada al efecto, a la que se encargará que redacte una memoria.

Mientras tanto, que siga la garata nocturna. No eran sólo el Botánico ni el Prado, aunque éstos eran el templo mayor del culto; la glorieta de las Pirámides, los desmontes del cuartel de la Montaña, los solares del final de la calle de Fortuny, los al-

tos del Hipódromo... doquiera que había unas sombras y un sitio propicio, aparecía una avanzada del ejército de obreras manuales. Porque era un ejército, una multitud de mujeres que cercaban Madrid, y que, poco a poco, iban estrechando el cerco. Ellas eran las sacerdotisas del culto de la ilusión; porque, en efecto, jamás la divina ilusión había hecho milagros tan rendidos, pues hacía falta sublimarla mucho, para sentir el más leve espasmo de amor ante aquellos andrajos. Era el hambre, y el influjo demoníaco de la noche, de que, con tanta verdad, nos habla Antonio de Hoyos en muchas de sus obras.

Pero como el hambre y la noche pueden, en un momento dado, hacer presa en cualquiera de nosotros, bueno será que nadie diga: «De este agua no beberé...»

Aunque el agua lleve disueltas unas gotitas de pus.

* * *

El frío aumentaba con la madrugada. La Feli estaba medio borracha, aunque en la cuchipanda sólo había tomado dos tragos de aguardiente.

El bullicio de Nochebuena iba cediendo poco a poco; ella separóse de todos, y comenzó a subir lentamente por la acera derecha de la calle de Espalter. De cuando en cuando, el aguardiente daba un empujón en su vejiga, y la buena muchacha tenía que descender al suelo, alzar las ropas y rimar un canto líquido, que sonaba como una fontana en el silencio de lo obscuro.

Llegaba ya cerca de la calle de Alfonso XII; de repente le vino a la memoria el recuerdo de la historia que les había contado *la abuela:* aquella muchacha que dialogó con su propio padre entre la niebla y el frío.

También ahora empezaba una neblina espesa que se iba metiendo en los huesos; el mantón de Feliciana se iba mojando

poco a poco, y las manos, muy apretadas contra el pecho, eran dos trocitos de nieve. Paróse en la esquina de las dos calles y, poco a poco, reclinada contra el muro de una casa nueva que rezumaba humedad, se fué quedando dormida.

Al principio creyó que lo había soñado, pero bien pronto se dió clara cuenta de que la zarandeaban por un brazo.

Un vozarrón agrio la decía al mismo tiempo:

—Yo creo que para dormir debías quedarte en tu casa.

Abrió los ojos y no vió más que un posible parroquiano; por lo menos, tenía todas las trazas de ello. Mecánicamente, y mientras acababa de despertarse, dijo:

—Anda, vamos... aquí a la vuelta.

Pero el hombre, por lo visto, tenía pocas ganas de andar.

—Aquí mismo... Si ahora no pasa nadie...

La luz no era mucha, pero se veía algo; en uno de los movimientos de la pareja les dió en la cara el reflejo de un farol que había en la acera de enfrente, y, a tiempo que ella había empezado a soltar obstáculos de la indumentaria de él, dijeron ambos al unísono:

—¡Marcelo!

—¡Anda leñe... la Feliciana!

Era su marido, que había salído de la cárcel tres días antes y había querido celebrar la Navidad dándose un banquete amoroso de dos reales.

La mujer echó a correr espantada, pero él pudo cogerla por la falda.

—¿Dónde vas...? ¡Si yo no me como a nadie!

—¡Déjame!

—Pero serénate, paloma; que puede que nos entendamos.

—¿Por qué no me has dicho que habías salido de la cárcel?

—¡Ay qué gracia! Si he salido anteayer... ¿Te molesta?

Ella se echó a llorar. El la cogió del brazo y se marcharon juntos por toda la calle de Alfonso XII a buscar el paseo de Atocha.

—¿Qué es de tu vida, paloma?

—Pues... ya ves...

—Pero... ¿vives con alguno?

La pregunta iba envuelta en un tufo tal de amenaza que a la Feli se le erizaron los abuelos.

—¡No; eso no! Soy tan honrada como el día que me dejaste... Pregúntalo en casa... Que te lo diga la señá Gregoria...

—Pues entonces no hay nada perdío.

La mujer, radiante de satisfacción, quiso, a su vez, dar a Marcelo una alegría.

—Además tengo sesenta duros ahorraos.

El hombre se paró en redondo.

—¿Has dicho sesenta duros?

—¡A ver!

—Vámonos pa casa... Nosotros a querernos, y al ganado humano que lo zurzan. . .

. . . .

. . . .

. . . .

Hoy la Feli y su marido tienen establecido un puesto de churros en el final de la calle de Embajadores. Los ahorros de ella han servido para eso, y la mercancía, divinamente confeccionada, tiene un extraño saborcillo a feto en embrión, que no deja de ser agradable.

En el gremio se comentó mucho la *retirada* de la Feli; sobre ella se estuvieron haciendo sabrosos comentarios unas cuantas noches en los corrillos de la glorieta de Murillo y en los aledaños del Dos de Mayo.

Y mientras las comadres chismorreaban, el obelisco del monumento, cual un falo ciclópeo, seguía reinando sobre todo Madrid y sobre la negrura de las sombras.

FIN

	Pesetas.
ria.—Lo posible	4,20
Tomo III: *La estirpe de Júpiter.--Cuando ellas quieren.—En cuarto creciente.*	4,20
Tomo IV: *La divina palabra.—Bodas de plata.*	4,20
Tomo V: *Añoranzas.—El Ídolo.—Clavito.*	4,20
Tomo VI: *La Raza.—Flor de los Pazos*	4,20
Tomo VII: *Doña Desdenes.—El caballero Lobo*	4,20
Tomo VIII: *La fuente amarga.—El mismo amor*	4,20
Tomo IX: *Nido de Aguilas.—Camino adelante.*	4,20
Tomo X: *La fuerza del mal.—Como buitres.*	4,20
Tomo XI: *La espuma del champagne. La Garra*	4.20
Tomo XII: *Las zarzas del camino.—Fantasmas.*	4,20
Tomo XIII: *El Conde de Valmoreda.—Como hormigas...*	4,20
Tomo XIV: *El buen demonio.—Lady Godiva*	4,20
Tomo XV: *La Casa de la Troya.—El milagro*	5,00
Tapices viejos, por Eduardo Marquina	4,20
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno).	3.60
Coplas, por Luis de Tapia.	3,00
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz.	4,80
La política de capa y espada, por Eugenio Sellés.	6,00
La Negra, por Pedro de Répide.	1,20
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent.	1,20
Barrio Latino, por Federico García	

	Pesetas
Sanchíz	3,60
La guerra palpitante	3,60
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda	1,80
El monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,60
La cocina racional, por Magdalena S. Fuentes	3,60
Mi Venus, por Joaquín Dicenta	1,20
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen	3,00
El paraíso de los solteros, por Andrés González Blanco	1,20
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz	2,40
Toninadas, por Manuel Linares Rivas.	4,20
Una vida ejemplar, por Diego San José	1,80
La enemiga, por Darío Nicodemi	4,20
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,20
El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero	4,20
Al margen de la vida, por Baldomero Argente	2,40
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa	4,20
Presentimiento, por Eduardo Zamacois	1,80
Rosalía Castro, por Augusto González Besada	3,00
Los cascabeles de madama Locura, por Antonio de Hoyos y Vinent	4,20
Los Lázaros, por Abel Botelho	4,20
El caso clínico, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,20
Jesús que vuelve, por Angel Guimerá.	4,20
La mujer española, por S. y J. Alvarez Quintero	1,20
La procesión del Santo Entierro, por	

	Pesetas
Antonio de Hoyos y Vinent.........	1,20
La Providencia al quite, por Eugenio Noel.	4,20
Terra incógnita, por el Marqués de Cortina........	1,80
Memorias de un suicida, por Joaquín Belda (3.ª edición)............	3,00
Campoamoriana, por A. Ferreira d'Almeida	1,80
Las chicas de Terpsícore, por Joaquín Belda (2.ª edición)..................	4,20
Los toreros de invierno, por Antonio de Hoyos y Vinent................	1,20
La dolorosa pasión, por Antonio de Hoyos y Vinent....................	1,20
El secreto de la sabiduría, por Rafael Cansinos-Assens..........	1,80
Un pollito «bien» (2.ª edición), por Joaquín Belda.....................	1,20
La Coquito (7.ª edición), por Joaquín Belda	5,00
El martirio de San Sebastián, por Antonio de Hoyos y Vinent....... ...	1,20
La atroz aventura, por Antonio de Hoyos y Vinent....................	1,20
Mademoiselle Milagros, por Andrés González Blanco	1,80
Traviatismo agudo (2.ª edición), por Joaquín Belda....................	2,40
Cada uno lo suyo..., por Manuel Linares Rivas..	1,20
Las frecuentaciones de Mauricio, por Antonio de Hoyos y Vinent........	3,60
El hombre que vendió su cuerpo al diablo, por Antonio de Hoyos y Vinent.............	1,20
El árbol genealógico, por Antonio de Hoyos y Vinent.....	4,20
La diosa razón (2.ª edición), por Joaquín Belda....................	4,20

	Pesetas
Ninfas y Sátiros, por Alvaro Retana (2.ª edición)........................	5,00
En cuerpo y alma, por Manuel Linares Rivas..	2,40
La zarpa de la esfinge, por Antonio de Hoyos y Vinent..........	1,20
La trayectoria de las revoluciones, por Antonio de Hoyos y Vinent.....	3,00
Cobardías, por Manuel Linares Rivas (12.ª edición)..	3,00
La Farándula (5.ª edición), por Joaquín Belda..........	5,00
La verdad de la mentira, por Pedro Muñoz Seca..........	3,60
Anécdotas picantes, por Luis de Oteyza	1,80
La bajada de la cuesta (2.ª edición), por Joaquín Belda...	1,20
El retorno, por Antonio de Hoyos y Vinent......	1,20
Más chulo que un ocho (4.ª edición), por Joaquín Belda.................	2,00
En el tejar de Frascuelo, por Fernando Mora..........................	4,50
Memorias de un sommier (4.ª edición) por Joaquín Belda.................	2,00
Los extravíos de Tony (2.ª edición), por Alvaro Retana.	5,00
El crimen del Fauno, por Antonio de Hoyos...........................	1,20
Aquellos polvos... (3.ª edición), por Joaquín Belda....................	4,20
Dos queridas, por Alfredo de Musset, traducción de Miguel A. Ródenas...	2,40
Las locas de postín (2.ª edición), por Alvaro Retana.......	2,00
Una niña demasiado moderna (2.ª edición), por Alvaro Retana...........	2,00
El Compadrito, por Joaquín Belda...	4,20
Currito el ansioso (2.ª edición), por Alvaro Retana....................	2,00

	Pesetas
Una infancia trágica, por Máximo Gorki, traducción de Eduardo Torralva Becci......	2,40
Las lobas de Arrabal, por Antonio de Hoyos...........	4,20
Saldo de almas (3.ª edición), por Joaquín Belda.........	4,20
El Mandarín, por Eça de Queiroz, traducción de Andrés González Blanco.	2,40
Los tres pecados de Celia (2.ª edición) por Alvaro Retana.................	2,00
El vicio color de rosa (2.ª edición), por Alvaro Retana..	2,00
La Magdalena en el Colonial, por Fernando Mora..	4,50
Una noche de verano sin sueño (2.ª edición), por Alvaro Retana........	2,00
El pícaro oficio (2.ª edición), por Joaquín Belda............	5,00
Cristobalón, por Manuel Linares Rivas	3,00
El octavo pecado capital, por Alvaro Retana........................	5,00
El buscador de lujurias, por Alvaro Retana...........	3,00
La entretenida indiscreta, por Ana Díaz...	4,50
Tobilleras, por Joaquín Belda........	5,00
Guía de casados, por Francisco M. de Mello, traducción de Ana Díaz.. ...	3,00
El fuego de Lesbos, por Alvaro Retana	1,80
Función de gala, por Joaquín Belda...	1,50
Frente a la vida, por Manuel Linares Rivas...	3,50
La señorita Perversidad, por Alvaro Retana....	2,50
Las ciudades malditas, por Antonio de Hoyos.....	4,50
Guía de cortesanas, por Ana Díaz...	5,00
La dama del Armiño, por Luis Fernández Ardavin....................	5,00